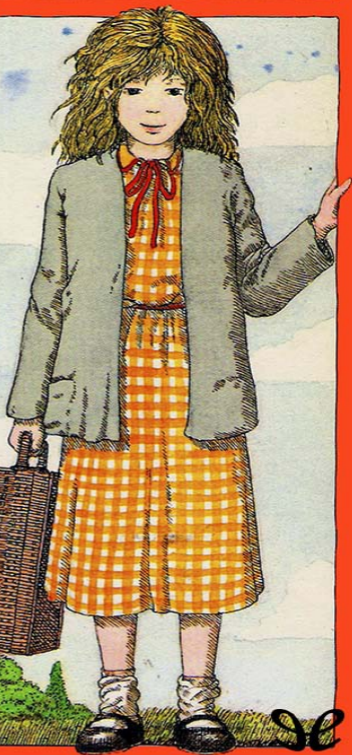


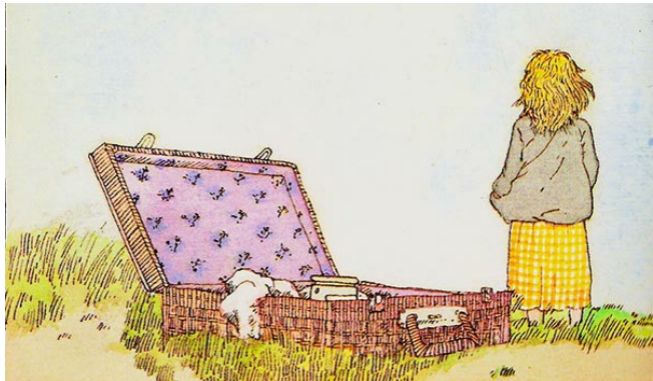


EL BARCO DE VAPOR

María Gripe
Josefina



Josefina es una niña rodeada de personas mayores. Se encuentra en una gran soledad. Sus problemas son muy serios para ella. Teme a Dios y nadie la ayuda. Se mete en un mundo de mentiras del que no sabe cómo salir. Unas ideas religiosas mal entendidas aumentan su confusión.





María Gripe

Josefina

Serie Naranja - 98 (El Barco de Vapor)

ePub r1.0

nalasss 15.09.13

Título original: *Josefin*

María Gripe, 1961

Traducción: Guillermo Solana

Ilustraciones: Harald Gripe

Diseño de portada: Alfonso Ruano

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0



EN realidad no se llama Josefina ni se apellida Joandersson.

Su verdadero nombre es Anna Grå.

Es un nombre encantador si le va a una persona. Pero ella se siente demasiado pequeña para ostentarlo. Llamarse Ana Gris, porque eso es lo que significa en sueco, es como llevar unos zapatos que te quedan grandes. Al andar se te salen. Por eso tienes que guardarlos en un armario hasta que

crezcas.

Puedes hacer lo mismo con los nombres si te resultan demasiado grandes. Al menos eso es lo que ella ha hecho.

Aprendió a escribir Ana Grå. Después lo escribió con letras mayúsculas en el fondo de una caja de cartón, la tapó y guardó la caja en el armario.

Así que Anna Grå aguarda allí hasta crecer lo suficiente para ser Anna Grå.

Mientras tanto ha de tener otro nombre. Eso no tiene por qué ser difícil. Hay montones de nombres.

Tiene que encontrar un nombre de

pila poco corriente. El apellido puede compartirlo con mucha gente.

No hay en la aldea absolutamente nadie que se llame Josefina. Pero la mayoría de los que allí viven se apellidan Johansson o Andersson. Si juntas los dos apellidos tienes Joandersson; así puedes compartirlo con el doble de personas.

Josefina Joandersson es un nombre muy bonito, un nombre con el que cualquiera puede sentirse feliz.

Josefina es una persona y nadie más; Joandersson significa miles y miles de personas.

¡Y así es como debe ser!

Desde ahora quiere ser Josefina Joandersson.

Y nada de Anna Grå. Ya está olvidada.

Mandy es la cocinera de la vicaría en la que vive Josefina. Es una persona importante.

A veces, mientras remueve el contenido de sus humeantes cazuelas o amasa, dice las cosas más extrañas acerca del mundo y del hombre.

Otras, habla de lo grande que es la Tierra y lo pequeñas que son las personas. Y describe minuciosamente la pequeñez del hombre en nuestra enorme Tierra.

Josefina siempre la escucha con cara de espanto y, a la vez, de satisfacción.

Es difícil entender lo que Mandy dice. Al fin y al cabo, cualquiera puede advertir que Mandy no es especialmente pequeña. En realidad es la persona más corpulenta de la vicaría. Los brazos y las manos de Mandy son los más grandes que Josefina haya visto nunca. Y, sin embargo, Mandy le asegura que en esta Tierra ella es sólo una enanita, un insecto pequeño e indefenso, una motita.

Josefina no puede apartar los ojos de Mandy. Verdaderamente es redonda como una motita; pero, desde luego, no resulta pequeña. Para Josefina, Mandy

es el ser menos indefenso que hay.

Tampoco tiene la voz como un insecto. Es la realidad. No hay otra voz en la vicaría que resuene con tanta fuerza.

¡Sí, desde luego, Mandy está llena de enigmas!

A veces suspira y dice que la Tierra es cada vez más pequeña. Esto le ocurre cuando echa un vistazo a los periódicos.

—¿Se está encogiendo, entonces? — pregunta Josefina.

—Sí, claro — replica Mandy—, encoge un poco cada día.

—¿Como mi blusa azul al lavarla?

—Exactamente.



Eso parece terrible. La blusa de Josefina se ha quedado tan pequeña que ya no puede ponérsela. ¿Es eso lo que le

va a pasar a la Tierra?

—¿Podemos quedarnos sin ella, Mandy? —pregunta Josefina.

—¿Sin qué?

—Sin la Tierra. ¿Se está quedando ya demasiado pequeña para nosotros?

—Sí —dice Mandy—. Te estás volviendo tan juiciosa como un profeta, señorita Josefina.

Mandy se concentra en el periódico. Josefina está verdaderamente preocupada.

—Entonces, ¿qué vamos a hacer? —pregunta, mientras retira a Mandy el periódico—. ¿Qué podemos hacer si no hay sitio suficiente para nosotros?

Mandy se baja las gafas hasta la punta de la nariz. Lanza a Josefina una mirada tranquilizadora.

—No hay peligro de eso —dice—. Porque, fíjate, Josefina, nosotros somos también cada vez más pequeños.

Con los ojos como platos, Josefina contempla el enorme corpachón de Mandy.

—¿Tú también te estás encogiendo, Mandy?

—Claro. Mira, señorita, la Tierra es sólo un astro más en el universo. Y todos nosotros sólo somos unas motitas de polvo. Quizá un buen día podamos volar a la Luna; quién sabe...

Así charlan Mandy y Josefina en la cocina de la vicaría. Y a Josefina le resulta cada vez más evidente que el mundo en el que vive es muy extraño.

Es difícil estar segura de algo.

Por ejemplo, todos dicen que la Tierra es redonda como una pelota, cuando cualquiera es capaz de advertir por sí mismo que es plana.

Pero, grande o pequeña, plana o redonda, hay algo cierto: es *vieja*.

La iglesia también es vieja; tan vieja que nadie sabe quién la construyó.

—No sirve de nada preocuparse por eso —dice Mandy—. Las viejas iglesias como ésta no las construye nadie. Nacen

solas. ¡Mira el tejado! ¿No parece que ha salido directamente de la tierra?

Sí, realmente así es.

La iglesia está justamente enfrente de la vicaría, cruzando la carretera. Al lado hay un campanario de madera con dos campanas que resuenan pesadamente, haciendo vibrar en ondas el aire. Han sonado así durante cientos y cientos de años. Y cuando el cielo está azul, el sonido se alza recto hacia arriba, volando como una golondrina. Pero cuando el cielo está gris, entonces el sonido se vuelve pesado y brama como un trueno sobre el bosque.

A Josefina no le dan miedo las

campanas de la iglesia. Está acostumbrada a ellas. Las ha oído desde que nació.

Tras la iglesia hay un campo. Allí también hay campanillas, pero son pequeñas flores y suenan tan quedamente que apenas se oye, aunque la niña dice que las ha oído. Aquel campo se llama el Prado de la Campana. Y allí todo es nuevo: las flores y la hierba son distintas cada año.

Todo lo demás es viejísimo. Los tilos del paseo y el roble del parque. El roble es terriblemente viejo y tiene un agujero en el tronco.

Y, naturalmente, también es vieja la

vicaría.



La cama, la silla, el sofá y la cómoda de la habitación de Josefina, todo es viejo.

Y Mandy. ¿No la llaman a veces vieja Mandy?

Josefina tiene seis hermanos. Pero

son mayores y, menos Agneta, que va a casarse pronto, ya no viven en la vicaría.

«Si yo no supiera que son mis hermanos y hermanas, creería que son mis tíos y tías —piensa Josefina—. Son demasiado mayores».

Josefina tiene seis años; cumplirá siete este invierno.

Es muy pequeña para su edad: nadie cree que este otoño empezará a ir a la escuela. ¡Pero claro que irá!

Tiene que empezar a ir a la escuela. ¡Al fin y al cabo, es tía! ¡Y lo fue incluso antes de haber nacido!

¿No parecería extraño que un par de

sobrinos suyos fueran a la escuela y ella no, siendo su tía?

PAPÁ-PADRE es el vicario de la iglesia.

Tiene muchos años; eso lo sabe Josefina. Pero no puede decir exactamente cuántos; no cien, desde luego, pero muchos más de los que ella puede contar.

Sin embargo, papá-padre no es viejo.

A veces insinúa que es viejo, sobre todo con Josefina. Como cuando quería que le llamara padre en vez de papá.

—Tú tan pequeña y con un papá tan viejo... —dijo. Y entonces sí que aparentó ser viejo y serio.

Josefina se echó a reír, pero él se mostró testarudo. Dijo que debía llamarle padre. Alto y esbelto, tenía la cara mucho más alta que la de Josefina. Cuando ella le llamó padre, fue como si todavía se levantara más, de tal manera que nunca pudiera volver a alcanzarlo.

Entonces se le ocurrió la idea de llamarle papá-padre, y a él le pareció bien.

Decir papá-padre es como sujetar un globo. Papá es el hilo y padre el globo. Si no le permitieran decir papá antes de

padre, se sentiría como si hubiera soltado el hilo y dejado escapar al aire el globo.

Eso sería muy peligroso con papá-padre, que es el pastor de la Iglesia y piensa mucho en el cielo.

A papá-padre no se le puede molestar. Las dos grandes puertas de color castaño que dan a su habitación se hallan casi siempre cerradas. No permite que nadie las abra. En cualquier caso, ella no puede. Los picaportes son grandes y pesados; puedes colgarte de ellos y aun así no se abrirán las puertas. Aunque Josefina ya no lo hace; sólo se colgaba cuando era pequeña.

Pero las puertas le recuerdan a papá-padre. Se siente tranquila simplemente sabiendo que él se encuentra dentro.

Allí se sienta a escribir su sermón. «Sermón» es como se llaman las palabras solemnes que dice en la iglesia todos los domingos. Es el único que habla, y nadie puede interrumpirlo porque habla acerca de Dios Padre.

Todo el mundo sabe quién es Dios Padre. Es la persona más vieja en la Tierra y en el Cielo. Es más antiguo que todo lo demás que existe, porque Él existió antes y todo lo hizo Él solo. En los grabados parece también viejo y

cansado. Josefina tiene una imagen de Él en un libro que le dio papá-padre. Es un magnífico anciano con pelo blanco y barba.

Pero es imposible no sentir pena por el hijo de Dios Padre. Creció tan rápidamente que casi nunca fue niño; sólo un bebé durante muy poco tiempo. Luego, de repente, se hizo mayor y pasó muchas penalidades. Jamás tuvo tiempo de jugar, todo pasó muy aprisa. Al final se fue al Cielo, sencillamente como un globo sin hilo.

A veces se pregunta qué les sucedió a sus hermanos y hermanas. ¿También ellos crecieron muy aprisa? Pobres...,

quizá tampoco tuvieron nunca tiempo para jugar.

¿Y qué le sucederá a ella? Quiere seguir jugando y jugando...

—TÚ sólo te preocupas de ti. Jamás piensas en los demás —dice Agneta sollozando, mientras echa a Josefina de la habitación—. ¡No quiero verte! ¡Eres despreciable! ¡Vete!

La puerta se cierra de un golpe, y en la habitación se queda Agneta hecha un mar de lágrimas.

Profundamente ofendida, Josefina baja las escaleras.

Las personas mayores son tontas. Y

Agneta es la más tonta de todas. Antes, en realidad no hace mucho, Agneta era simpática y amable. Siempre tenía tiempo para Josefina. Pero todo cambió cuando conoció a Eric, con quien va a casarse. Ese tipo lo echó todo a perder.

Agneta no habría armado semejante escándalo por una cosa tan nimia. Sencillamente, se habría echado a reír. ¿Por qué llora tanto cuando Josefina se ha limitado a recortar unas cuantas mariposas de su velo de novia? ¿Cómo iba ella a saber que todos aquellos trozos de tela que ocupaban la habitación de Agneta eran un velo de novia?

Mamá, Agneta y la señorita Blom, la costurera, se pasaron todo el día recortando y tijereteando. ¡Y menudos trozos que cortaron! Y lo único que ella hizo fue recortar siete pedacitos. Cualquiera sabe lo poco que se necesita para hacer una mariposa pequeña. O incluso para siete.

Y, sin embargo, Agneta se ha enfadado por tan poco. ¿Por qué, si apenas se ven los siete agujeritos en un velo tan grande? Jamás hubiera sospechado que Agneta fuese tan tacaña.

¡Y, además..., decir que Josefina sólo se preocupa de ella!

Eso es realmente injusto. ¡Josefina,

que había pensado en regalar a cada uno de la casa una mariposa! Incluso a Eric, aunque en realidad no le agrada. Por eso cortó siete trocitos. Uno de reserva, por si se equivocaba. No es nada fácil, creedme, coser siete mariposas.

Pero ya no se las piensa dar a nadie. Se va a olvidar de ellos, de toda la caterva.

Las personas mayores son infantiles y despreciables. Todas se ponen del lado de Agneta. Ahora están sentadas allí con ella, consolándola, mimándola como si fuera un bebé. Mamá y Mandy y la señorita Blom. Pero Agneta sigue lloriqueando. Para que sientan pena por

ella, claro.

Nadie se preocupa de Josefina. Olvidada, expulsada, así es. Y todo por siete maripositas de nada. ¡Nadie siente pena de ella, sencillamente porque no se da tanta prisa en empezar a lloriquear como «otras»!

Bien, no tendrán que volverla a ver. Ya les pesará. Va a desaparecer. Sí, desaparecer...

ES UNA MAÑANA TRANQUILA, una encantadora mañana de mayo. La primavera bulle en todas partes.

El aire rebosa de sonidos. El

zumbido de los abejorros y el gorjeo de los pájaros. El ruido sordo que hacen las alfombras al sacudirlas. Allá en la aldea la gente ríe y se gritan unos a otros. Un chico silba, una chica canta, el carro del lechero chirría mientras se entrechocan las botellas vacías.

Todo el mundo parece feliz. Por eso, a Josefina le resulta aún más difícil soportar su pena.

Va andando sola por la polvorienta carretera comarcal. Se marcha de la vicaría para siempre.

En la mano lleva una bolsa con tres cepillos: uno para los dientes, otro para el pelo y otro para los zapatos. Así

cuidará de su aseo. Después de todo, tiene que seguir limpia y arreglada, aunque se fugue. Los zapatos se ensucian de polvo al andar constantemente. Y tiene el pelo muy fino. Mamá dice que hay que cepillarlo por la mañana y por la noche. Pelusa de ángel, dice papá-padre. Ante este pensamiento, sorbe violentamente: ya no volverá a ver más pelusa de ángel.

En la bolsa lleva también un par de tostadas, medio tubo de caviar del que se compra en la tienda de ultramarinos, tres patatas cocidas y un trozo de bizcocho frío.

También va con ella un mono muy

andrajoso y de lamentable aspecto. Josefina le ha consentido que la acompañe porque es tan desgraciado como ella. En un día terrible como éste estaría fuera de lugar un osito feliz y con todo su relleno.

Josefina deja atrás la escuela a la que hubiera empezado a ir este otoño. Ahora ya no puede. Se detiene un instante ante su puerta y la mira.

—Adiós, escuela —balbucea con voz melancólica—. Adiós, maestra, y adiós a todos los chicos. Después de todo no vendré este otoño, porque tengo que empezar a trabajar como hacían los niños pobres en otros tiempos. Ya nadie

se preocupa de mí...

Asiente entristecida y prosigue, cruzando la aldea, camino adelante.

Se cruza con mucha gente a la que no conoce y con otros que la saludan. Pero ella se limita a mirarlos con rostro serio. Un rostro que pretende decir: «Aquí estoy yo, completamente sola, una niña infortunada que ha sido arrojada de su casa por unos padres insensibles y por unos hermanos y unas hermanas malvados».

Pero nadie lo advierte; todos caminan con prisa.

Hay niños que cruzan corriendo o que miran pasmados la orilla de la

carretera. Algunos, advierte con disgusto, están tomando helados. Pero, con helado o sin helado, no le prestan atención alguna.

Se detiene en una encrucijada. No lejos de allí, sobre una pequeña loma, dos niños gordos y bien alimentados beben limonada. Están rodeados de grandes bocadillos y buñuelos y barras de chocolate.

Josefina se desliza hada la cuneta y abre su bolsa. Con mirada turbia examina lo que lleva.

«Una pobre niña, eso es lo que soy» —algo murmura dentro de ella mientras estoicamente contempla el batiburrillo

de su bolsa.



Aprieta el tubo y pone caviar en el trozo de bizcocho. Luego, casi se atraganta. El bizcocho acaba en la cuneta. Ya sólo le quedan, pues, las patatas, las tostadas y lo poco que queda

en el tubo de caviar...

Luego tendrá hambre.

Tras el hambre, supone, llega la noche, oscura y negra y fría. Seguirá caminando, pálida y temblorosa, con frío y con hambre.

Tal vez no consiga ningún trabajo, porque sabe lo delgada y frágil que parece.

Y después..., después morirá.

¡Les estará bien empleado a los de casa! Entonces se arrepentirán de lo que hicieron. Tras una experiencia como ésa tendrán que dejar de tratarla tan implacablemente.

Consolada en cierto modo por este

último pensamiento, Josefina cierra la bolsa con su patético contenido y empieza a salir de la cuneta. Pero la hierba es resbaladiza y se cae.

Reanuda su marcha con barro goteándole las rodillas y las risas tontas de los niños gordos de la loma. Lo último que oye es un sonoro crujido de papel de plata. Ésa es la gota que hace rebosar el vaso. Ya es demasiado. Todo tiene un límite.

Pero ¡al parecer, no los desastres!

Al momento yace de bruces en la carretera, enfrente de una bicicleta.

Una anciana baja de la bicicleta entre sonoras lamentaciones.

—¡Oh, mi pobre niña, qué cosa tan horrible! ¡Oh, querida; oh, querida! ¿Te encuentras bien? ¿No has visto la bicicleta? Qué cosas tan terribles pueden ocurrir en un momento...

Josefina mira bizqueando a la vieja, cuyos azules ojos la observan desde una cara llena de arrugas.



Podría ser fácilmente una bruja. En realidad es lo más probable. Pero ¿a quién le importa? Un desastre más o menos ya no tiene importancia después de todo lo que ha pasado.

En cualquier caso, les estaría bien empleado a los de casa que se la llevara

una bruja.

Por eso, Josefina, sin decir una palabra, sigue a la anciana tal como ella le sugiere. La vieja, según dice, vive cerca.

Abandonan la carretera, cruzan un prado y toman un tortuoso y oscuro sendero; primero la anciana y detrás Josefina.

La vieja empuja la bicicleta, que lleva detrás una caja grande y una ancha cesta colgada del manillar. Hay algo misterioso en esa caja y en la cesta.

La caja está llena de agujeritos de los que brotan horribles chillidos. Algo rasca en el interior de la cesta.

La vieja no para de hablar. La niña cree que trata de ahogar así los sonidos que proceden de la caja y de la cesta.

Pero las palabras de la anciana son oportunas. Parece saber qué es lo que más desea oír Josefina en ese momento: que la compadezcan.

—¡Pobrecita, pobrecita, una niña como tú! ¡Completamente sola y tan pequeña! Pero ¿cómo es posible? ¿Cómo pueden haberte dejado sola, pobrecita, tan pequeña?

Josefina no dice una palabra. Pero conserva bien abiertos los oídos. Las palabras de la vieja son como suave algodón para su cabeza. ¡Por fin!

¡Alguien siente pena por ella! ¿Qué importancia tiene que la vieja sea una bruja? Se muestra más juiciosa que las madres y los padres de algunos niños, piensa Josefina con amarga satisfacción.

Tras haber recorrido un largo trecho, se abre un claro en el bosque. Bordean un verde campo y llegan a una casita que se alza al otro lado. Aquí debe de ser donde vive la anciana.

LA vieja apoya la bicicleta contra la casa, retira la caja y la cesta y las coloca en el suelo.

Con los brazos cruzados observa a Josefina de arriba abajo. La niña le devuelve la mirada.

En este momento se halla convencida de que está mirando a una bruja. La arrugada vieja es delgada y huesuda. Bajo el vestido se le notan los codos secos y puntiagudos; como el

mentón. Tiene la nariz encorvada y los ojos como puñales. Pero su voz es melosa.

—¿Por qué no dices algo, pequeña mía? ¿Cómo te llamas, si es que tienes un nombre?

Josefina no está asustada. Pero titubea antes de responder. ¿Acaso no ha oído que es peligroso decir el nombre a una bruja? Eso es todo lo que necesitan las brujas para hacerte daño. Pero ¿qué le importa? Ya todo le da igual. En cualquier caso, está ahora en manos de la bruja.

—Josefina Joandersson —dice osadamente.

—Qué curioso —comenta la anciana; se lleva el meñique a la boca y se chupa un diente hueco sin dejar de observar a Josefina—. Qué curioso —repite—. Hubiera jurado que tú eras de la vicaría. ¿No eres tú la hija pequeña del vicario?

—Sí —responde Josefina—. Lo soy. Nada iba a ganar con negarlo.

De la estrecha garganta de la vieja brota una chirriante risa. Se le alzan los hombros. Josefina, fascinada por lo que ve, se limita a observarla. Jamás había visto reír así a nadie.

—Ji, ji, ji... Conque ¿burlándote de una anciana? Pero ¡nadie se burla tan

fácilmente de la abuelita Lyra! Sí, sí, ése es mi nombre, abuelita Lyra; y ese anciano que hay allí, cavando en el campo, es mi hermano y se llama Justus —añade a modo de explicación.

Josefina sigue con la vista la dirección que indica el largo y delgado dedo. Ve allá en el campo a un viejo, pero no dice nada. La anciana prosigue:

—Bueno ¿y qué les parece en la vicaría eso de que vagabundees así por la carretera?

—Nada —responde, retadora, Josefina—. Me han echado. No quieren volver a verme.

—¡Oh, querida, querida! —suspira

la anciana—. ¡Jamás lo hubiera imaginado!

—Pues sí, lo han hecho —afirma Josefina.

Entonces, la vieja se sienta en los escalones de la cocina y tira de Josefina para que se siente junto a ella. Del bolsillo del vestido saca una bolsa de dulces y le da un puñado a Josefina.

—Siéntate aquí, junto a la abuelita Lyra —le dice—, y cuéntamelo todo. ¡No ha estado bien lo que te han hecho!

Otra vez vuelve a succionar por el diente hueco. Parece ser un hábito en ella y la hace aún más fascinante ante los ojos de Josefina. Puede advertir que

el diente hueco es un poco más grande que los demás. No conoce a nadie que tenga un diente como ése.

Josefina se llena la boca de dulces y le cuenta su triste aventura.

No, ya no la quieren. En realidad, probablemente jamás la han querido. Ahora lo comprende.

Se le suelta la lengua. La anciana le formula cautelosas preguntas, hace crujir su bolsa y le entrega más dulces. ¡Sí, claro! Obviamente, han pegado a esta niña. Y le han tirado del pelo. Pero eso le queda tan poco. ¡Y qué fino es!

La anciana se detiene a observarla un rato.

—¡Oh, querida...! —suspira una vez y otra.

Josefina se llena de nuevo la boca, mastica y sigue contando sus historias. Sí, ahora tiene que salir al mundo y encontrar trabajo; como solían hacer los niños en otros tiempos. ¿Cómo conseguir de otra manera algo que comer?

Todo lo que tiene es su bolsita. La abre, mostrando su mezquino contenido. No se atrevió a llevarse más: la habrían zurrado.

—Pero ¿cómo pueden ser tan crueles con una niña tan pequeña? —dice la anciana.

—¡Oh, sí, claro que pueden! — afirma Josefina—. Incluso más crueles.

Y no sabe qué más decir para ganarse los dulces. Le quedan todavía muchos a la vieja. Cuanto más habla, más dulces obtiene Josefina. Y cuantos más dulces logra, más historias puede inventar.

La bruja se halla obviamente interesada en su aciago destino. La escucha atentamente. Y eso es algo que apenas hacen en casa; o, si la escuchan, dicen que está mintiendo.

—Son malvados —dice Josefina, estimulada por otro puñado de dulces—. Yo jamás tengo nada bueno para comer

ni me dan juguetes. Este monito es el único juguete que tengo, y todos mis hermanos y hermanas tuvieron juguetes cuando eran pequeños. ¡Fíjese qué andrajoso está!

La anciana se chupa el diente. Se agita inquieta.

—Bueno, ya veremos —dice—. Son demasiado viejos para tener niños pequeños. Eso es algo que yo siempre he dicho. Y tu padre, con sus pensamientos siempre flotando en los cielos...

A Josefina no le gusta que la vieja hable así de papá-padre. Después de todo, él nada tiene que ver con esto. Ni

tampoco mamá. La estúpida es Agneta, aunque normalmente no sea así. ¡En realidad, toda la culpa es de Eric!

Josefina está a punto de explicarlo cuando las interrumpen. Sin que ninguna se haya dado cuenta, el hermano de la anciana aparece repentinamente junto a ellas. Es alto y moreno y arroja una enorme sombra sobre Josefina.

—Parece que va a llover —dice, escrutando el cielo—. Es justamente lo que necesitamos tras esta seca primavera que estamos teniendo.

La vieja se levanta. Mira hacia el cielo.

—Habrá tormenta. La he estado

sintiendo en mi cabeza toda la mañana.
Caerá un aguacero.

—¿Trajiste la caja de la aldea? —
pregunta el viejo.

Toma un pellizco de rapé, pero no
mira a Josefina.

—Sí —dice la anciana, y se acerca a
la caja de los agujeritos—. Aquí están.
Esta niña ha hecho que me olvidara de
todo. Es la hija pequeña del vicario. Son
tan duros con ella en su casa que resulta
verdaderamente repugnante.

Pero el viejo no presta atención a
Josefina.

—Tráeme las tenazas para que
pueda abrir la caja —dice, aspirando un

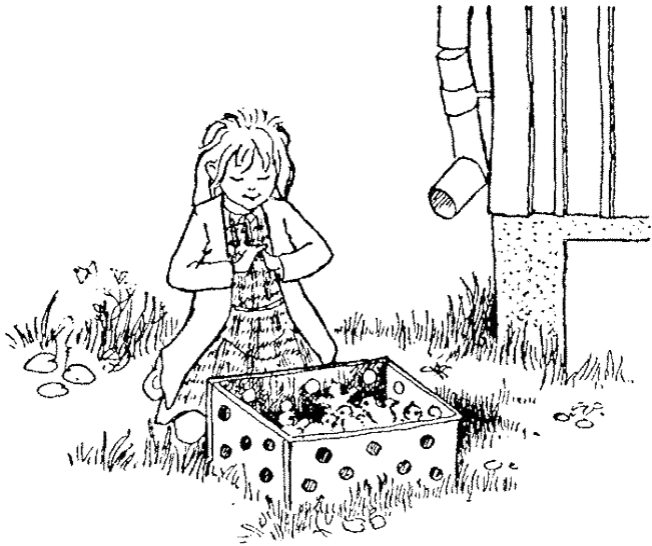
pardo chorro de rapé.

La anciana va a buscar las tenazas. En cuanto salta la tapa, aparecen unos polluelos cubiertos de plumón que corren piando unos tras otros.

—Parecen buenos y están gordos — dice el viejo tomando otro pellizco—. Y todavía engordarán más.

Luego coge la caja para llevársela, pero la anciana le detiene. Alza la cesta que tenía a su lado.

—Milly quería saber si puedes encargarte de éstos. Eran ya demasiado grandes cuando los encontró y no pudo hacerlo ella.



El viejo vuelve a tomar rapé.

—¿No podía encontrar a alguien más cerca para librarse de un par de malditos gatos?

—Chist, chist —dice la vieja,

acallándole, mientras arroja una mirada insegura hacia Josefina.

—¡Una tonta, eso es lo que es! Bueno, supongo que tendré que ocuparme de ellos.

Se marcha con su caja, murmurando y mascullando.

—¡Mujeres! ¡Hay que ver el ruido que arman por nada!

Josefina clava los ojos en la anciana.

—¿Hay gatitos en esa cesta?

—N... no —responde la abuelita Lyra.

Pero desvía la mirada. Extiende la mano para ver si está lloviendo.

—Palabra —dice, sólo para distraerla con la conversación—, tiene razón después de todo. Sería una bendición si lloviera después de toda esta sequía. Entremos aprisa...

Se apodera de la cesta y la mete todo lo que puede bajo los escalones de la puerta. De debajo de la tapa sale un crujido y algunos quejidos.

Empuja a Josefina para que pase antes que ella a la cocina. La niña entra sin decir nada. Pero sus pensamientos giran y giran en su cabeza. ¡Cuánta maldad hay en el mundo! ¿Qué cosa tan terrible va a sucederles a esas pobres criaturas que rascan dentro de la cesta?

«Encárgate de ellos». ¿Significa eso matarlos? Le parece que está en lo cierto. Lanza una mirada subrepticia a la vieja.

—Ahora tomaremos café y buñuelos recién hechos. Y tengo también algunos bollos, así que será una verdadera fiesta —dice, afanándose mientras se mueve por la cocina—. Si hubiera sabido que íbamos a tener semejante visita, habría preparado un pastel, pero ya te lo haré en otra ocasión.

Ahora cae el agua con fuerza. La lluvia golpea los cristales. Josefina cavila. La vieja parlotea.

—Cuando se porten mal contigo en

tu casa, volverás a ver a la abuelita Lyra, ¿verdad? Siempre serás bienvenida; de eso puedes estar segura.

Josefina piensa. Ahora ya ha decidido lo que va a hacer. Con tal de que pueda conseguir que la vieja salga de la cocina.

La vieja coloca sobre la mesa platos y tazas: para ella, para Josefina y para su hermano Justus. El café hierve a fuego lento en el fogón, despidiendo un acre vaho. Esto le da una idea a Josefina.

—No me dejan tomar café —dice tranquilamente.

—Eso es una tontería —dice la

anciana—. Pero no es culpa tuya. Lo que quieren es ahorrarse unos granos de café, ya sé, ya sé.

Se acerca a la ventana, se lleva el dedo a la boca, succiona su diente. Se queda allí un rato, observando caer la lluvia.

—Pronto dejará de llover. Tengo limonada y leche en la cueva que hay bajo la loma. Sí hubiera pensado en ello, le habría dicho a Justus que me las trajera. Bueno, supongo que tendré que ir yo.

Josefina siente que se le paraliza el corazón. Eso es precisamente lo que estaba esperando. Se coloca al lado de

la vieja junto a la ventana. Ambas contemplan la lluvia.

—Ya se está pasando —dice ansiosamente Josefina—. ¡Mire, ya no llueve tanto!

—Ya veo —responde la anciana—. Siéntate ahí en el sofá, volveré en un periquete...

Se echa por la cabeza un negro impermeable y sale. Josefina la ve pasar junto a la ventana; el viento agita el impermeable. Luego desaparece tras una pequeña loma.

Veloz como el rayo, Josefina se lanza hacia los escalones de la entrada, se mete a gatas debajo, se apodera de la

cesta y echa a correr en dirección opuesta.

El corazón la amenaza con salirsele del pecho. El agua le salpica las piernas. Cada vez llueve con más fuerza. Los truenos retumban.

Pero no es eso lo que asusta a Josefina en este momento. Aterrada, presa del pánico, mira hacia todas partes. ¿La seguirán? No, no ve rastro del viejo ni de la vieja por ninguna parte.



Deja el campo atrás y se interna en el bosque; pronto desaparece tras los

árboles. Ahora nadie puede verla.

Se serena, refugiándose bajo un abeto rojo. Allí, en la gran paz del bosque, levanta la tapa de la cesta.

Dentro está la imagen más encantadora que haya contemplado nunca. Tres pares de ojos azules la observan con ansiedad. Tienden unas pequeñas y suaves zarpas, y tres rosadas y pequeñas gargantas gimen.

Tres gatitos tratan de salir de la cesta.

Con suavidad, Josefina los mete dentro de nuevo. Siente por todo su cuerpo un hormigueo de felicidad.

¡Ella los ha salvado! Ha salvado la

vida de tres pequeños seres grises. Ahora son suyos.

Tiene que ir a casa y conseguir un poco de leche tan rápidamente como sea posible. De mala gana coloca de nuevo la tapa.

Ya no llueve. Sólo llega al suelo el goteo de los árboles. Pero los truenos parecen ahora más próximos.

¿Dónde está el sendero por el que vinieron la vieja y ella? Entre todos esos árboles es difícil hallarlo. Pero al final lo encuentra y se aleja por allí. El sendero es interminablemente largo, incluso más largo ahora que camina sola. Por fin llega a una carretera. Pero

¡no es la que ella buscaba! Debe de ser otra porque no la reconoce. Permanece de pie en la cuneta con su cesta.

De repente, se siente sin fuerzas. Los gatos gimen hambrientos. El cielo está gris y el agua corre a torrentes por las rodadas. También ella está mojada y siente frío.

Para remate, descubre que se ha dejado su bolsa en la casita de la vieja. Bueno, ya no puede hacer nada. Los gatitos son más importantes que todo lo demás.

Cruzan coches y la salpican de barro. ¡Si al menos supiera en qué dirección debe empezar a caminar!

Bien, no puede quedarse allí para siempre.

Justo en ese momento llega siseando bajo la lluvia un coche rojo. En medio de ese paisaje gris parece completamente alegre.

Se decide y empieza a andar en la misma dirección que el coche.

«Ése sabe adónde va», piensa.

Pero, antes de haber ido muy lejos, se detiene un coche junto a ella. No es rojo, sino gris como todo lo demás, ¡claro!

Y quien conduce el coche no es otro sino Eric, el que va a casarse con Agneta.

—Mi querida Josefina —dice—.

¡Qué aspecto tienes! ¿Qué diablos has estado haciendo?

¡QUÉ fastidioso es Eric!

Claro que fue una suerte que llegara alguien, pero al menos podía haber sido otra persona. Josefina no quiere saber nada de Eric. Así que decide que no va a aceptar que la lleve en su coche. Ni está dispuesta a decirle lo que piensa. Se limita a permanecer allí enfurruñada, sin decir nada.

Pero, entonces, Eric sale de su coche y, sin decir una palabra, la coloca en el

asiento trasero. Al mismo tiempo empieza a llover muy fuerte.

Y allí sigue sentada, con su cesta sobre las rodillas, contemplando el desgredado y moreno cuello de Eric.

«Es curioso, no está nada mal ese cuello. Pero, por lo demás, es un hombre espantoso».

Josefina advierte que la está observando por el espejo retrovisor. Evita cuidadosamente su mirada. Un momento después, la carretera está cubierta de agua. La lluvia es como una cascada frente al coche. Cuando se pone en marcha, las ruedas salpican agua hacia los lados.

—Josefina, si yo no hubiera aparecido, hubieras tenido que nadar para volver a casa —dice Eric de repente—. ¿Sabes nadar?

Josefina levanta la nariz y no replica. Eric frena y se vuelve.

—Oye, ¿qué es lo que te pasa?

Josefina mira por la ventanilla.

—No me soportas, ¿verdad? —oye decir a Eric.

Josefina le hace una mueca cuando se cruzan sus miradas. Y luego le saca la lengua. ¿Cómo se atreve?

Pero Eric sabe cómo devolver el golpe. Hace una mueca y también saca la lengua con un gesto todavía más horrible

que el de Josefina.

—No vienen mal unos pequeños ejercicios faciales —dice.

Y cuando acaba, tras frotarse las mejillas, añade:

—¿Contenta ahora?

Josefina replica con una mueca final. Pero ahora se le ha cansado la cara. Tan cansada, que está a punto de soltar una risita, pero en el último instante logra contenerse. No debe olvidar lo espantoso que es Eric. Aunque es una lástima. Porque desde luego resulta divertido. Ahora saca una tableta de chocolate. Ofrece un poco a Josefina.

—Ya he comido hoy muchísimos

dulces —le informa Josefina muy indignada.

Pero a Eric no le ha impresionado.

—Muy bien, tonta —dice sin cumplidos—. Quédate sin ello.

Eric se come un trozo.

—Porque esto es chocolate, no dulces.

—De acuerdo, puedes darme un trozo entonces —señala Josefina—. O dos. Gracias.

Ambos comen en silencio, pero afuera la lluvia sigue entonando su canción.



En el asiento inmediato al del conductor, Eric tiene una enorme caja de cartón. De repente, la señala y pregunta a Josefina si sabe lo que hay dentro.

Naturalmente, ella lo ignora.

—Un velo de novia —dice Eric.

Pero ¿es que sabe ya lo que ha sido del velo de Agneta y ha comprado uno nuevo? ¿Y cómo no está enfadado con ella? Josefina se ruboriza.

Pero Eric prosigue:

—Éste es el velo de novia de mi madre. Lo llevaron mi madre y mi abuela y ahora mi madre quiere que también lo lleve Agneta. Si no le parece que resulta demasiado anticuado...

Eric calla y mira a Josefina. Con la cara tan roja como una amapola, ella no se siente capaz de decir una palabra.

—¡Qué manera tan extraña de mirarme! —dice.

Luego lanza un pequeño suspiro:

—¡Se me olvidaba que no te caigo bien! —y añade con un acento de preocupación en la voz—: En cualquier caso, a ti no te interesan los velos de novia...

Luego, por fin, Josefina recobra el habla.

—Sí, sí, Eric —afirma ansiosamente—. Pues sí. Claro que me interesan los velos de novia.

Y antes de darse cuenta le ha contado a Eric toda la historia de las mariposas y de lo mucho que lloró Agneta. Desde el principio hasta el final, exactamente como sucedió, sin

añadir ni omitir tampoco el menor detalle.

—¡Caramba, qué historia tan larga! —dice Eric al acabar—. Bueno, en realidad, no se deben tocar las cosas de otras personas sin pedir permiso. Yo lo descubrí por mi cuenta. Créeme, jamás se me olvidará el día en que, cuando tenía aproximadamente tu edad, empecé a hacer paracaídas con los visillos del cuarto de estar.

—¿Tú? —dice Josefina, riéndose—. Bueno, en todo caso yo no he hecho eso.

—Mira, los visillos estaban tendidos en la cocina después de haberlos lavado. Claro que no se me

ocurrió que eran visillos. Sólo me fijé en que era la más maravillosa seda de paracaídas que yo hubiera podido encontrar. Así que busqué unas tijeras y, bien..., ya puedes imaginarte el resto...

—¡Hum! ¿Te zurraron?

—Escapé... tan aprisa como pude.

—Igual que yo —dice Josefina. Y de repente descubre que ya no le desagrada Eric.

—Pero no sabía que Agneta había comprado ya un velo de novia —dice Eric después.

—Pues sí, lo compró. Aunque, desde luego, ya no puede usarlo —manifiesta Josefina.

—¿Y por eso huías, Josefina?

Josefina gruñe sin dar una respuesta específica. Se yergue y toma su cesta.

—Tenemos que darnos prisa, Eric —le advierte—. ¿Sabes lo que tengo aquí?

—Bueno, he oído un extraño ruido como si alguien rascara...

Entonces, Josefina levanta la tapa y le cuenta toda su hazaña del rescate de los gatos. Y ahora exagera un poco. Añade unas cuantas cosas por aquí y prescinde de otras por allá. Pero subsiste el hecho: «Fue ella quien rescató a los gatitos».

—¡Bien hecho, Josefina! —grita

Eric con entusiasmo.

Y entonces ella sabe que son amigos. Saca uno de los gatitos de la cesta y se lo entrega.

—Puedes quedarte con él, Eric. Para ti y para Agneta.

El gatito cierra los ojos, bate el aire con sus garras e incluso hace una patética tentativa de arquear el lomo.

—Él no quiere eso —dice Eric riendo—. Quiere quedarse con su hermano y con su hermana.

—Tiene que ir contigo —decreta Josefina.

Pero Eric se limita a dar al gato un cariñoso golpe.

—Sería cruel llevarlo a la ciudad, donde vamos a vivir Agneta y yo. ¿No puedes cuidárnoslo tú?

—Si venís y los veis a menudo...

—Todas las semanas, te lo prometo.

—Entonces, de acuerdo.

Josefina vuelve a meter en la cesta el gimiente gato y Eric pone en marcha el coche.

Pero cuando están a punto de girar para entrar en la vicaría, Eric mira a Josefina por el retrovisor y le dice:

—¿Sabes lo que me gustaría que me regalaras?

—¿Qué?

—Una de esas mariposas que has

hecho con el velo de novia.

A Josefina se le enrojecen las orejas de placer.

—Sólo me queda coserles los ojos —dice.

POR LA NOCHE, en la vicaría, todo vuelve a estar tranquilo. A Josefina le han dado permiso para quedarse con los gatos y les ha dado leche. Se ha lavado y se ha arreglado. Le han perdonado que haya desaparecido y el haber dado a todo el mundo tal susto. Y cuando la paz y la serenidad han vuelto y reina ya la alegría, entonces Josefina saca las

mariposas y se sienta a coserles los ojos.

Todo el mundo recibirá una mariposa, todos los de la casa. Y cada mariposa tendrá los ojos de distinto color.

Se sienta en la cama, rodeada por ovillos de lana de colores brillantes. Es difícil decidirse sobre la distribución.

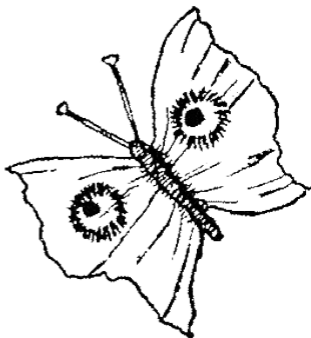
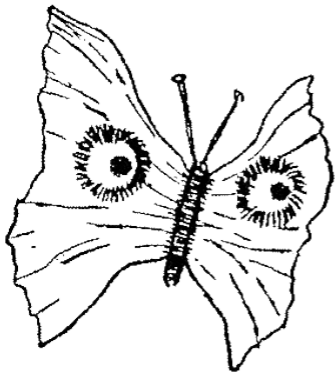
Pero a la primera le pone unos ojos tan azules como el cielo. Ésta, desde luego, es para papá-padre. ¿Qué otro color podría irle bien a la mariposa de papá-padre? A la de Agneta le pone unos ojos rojos. Josefina lo ha decidido así tras reflexionar seriamente. Para que

se vea que también la mariposa siente pena por el asunto del velo de novia. Al fin y al cabo, a Josefina se le ponen los ojos rojos cuando llora.

A la de Eric le pone los ojos verdes: los ojos verdes van bien con los rojos de la mariposa de Agneta.

Pero cuando Josefina tiene que coser los ojos de su propia mariposa, es incapaz de tomar una decisión. Coloca primero, para probar, uno azul y otro rojo. Un ojo celestial y otro lloroso, piensa. Pero luego arranca el ojo lloroso y cose en su lugar uno verde. Un ojo por el Cielo. Otro por la Tierra.

Sí. Así es como le gusta la mariposa.



ALGUNAS veces, papá-padre va a pasear con Josefina. Entonces le habla de la naturaleza. Se lo explica a su propio modo, con pequeñas historias que no se olvidan fácilmente.

Pero hoy papá-padre se siente desgraciado. Y no existe nada más horrible, porque nadie puede sentirse tan desgraciado como él.

Su tristeza se siente en toda la vicaría. Puedes sentirla nada más

despertarte, de la misma manera que puedes decir que el cielo está gris antes de haberlo visto.

Es como si todo se quedara inmóvil. Todo parece pesado y silencioso, aguardando a que él se sienta alegre de nuevo.

Los muebles parecen lúgubres. Los visillos apenas se atreven a moverse. Todos los picaportes cuelgan hacia abajo. Lo mismo sucede en el jardín. Las sombras parecen grises en vez de azules. El viento suspira con tristeza sobre la hierba; incluso los pájaros parecen preocupados.

Por todas partes reina la tristeza.

El pelo de papá-padre, que por lo general permanece levantado como las cerdas de un cepillo, ahora cae lacio y la cara se le llena de arrugas.

Hoy, el día está triste.

Papá-padre está sentado en su despacho, apoyando la cabeza en las manos. No se oye nada. Josefina juega en silencio afuera, delante de la ventana de papá-padre.

El día comienza con un aguacero que empapa la hierba y las hojas. Pero el cielo se ilumina y, de repente, aparece un brillante arco iris sobre la vicaría. Molestar a papá-padre es algo inimaginable, pero, al fin y al cabo, un

arco iris es un arco iris. ¡Tal vez pueda consolarle!

Josefina se sube al banco del jardín que hay bajo la ventana y golpea suavemente en el cristal. Da dos golpes y entonces él abre.

—¿Cómo se consuela a los papás?
—murmura tímidamente.

—¿Cómo se consuela a las niñas pequeñas? —replica él.

Josefina señala el arco iris. Y papá-padre mira en esa dirección. Le desaparecen algunas arrugas, o así imagina ella. Entonces la niña dice:

—Vamos a pasear bajo el arco iris.
Aguarda, conteniendo el aliento...

—De acuerdo, Josefina, vamos — responde por fin. Y le desaparece otra arruga. Pronto empiezan a caminar.

Pasan bajo los árboles del paseo, cruzan el cementerio de la iglesia y se internan por el Prado. Y el arco iris sigue brillando.

Cuando se pasea con papá-padre, hay que aguardar hasta que él empiece a hablar. A veces transcurre un largo rato antes de que eso suceda. Otras, no dice nada en absoluto. Pero eso no importa.

Incluso así Josefina sabe cómo hablarle. Cuando pasean, sus pies hablan. Cuando la gravilla chasquea y chirría bajo los pies en el paseo, cuando

la arena cruje en el sendero del cementerio de la iglesia y cuando en el prado la hierba sisea alrededor de los pies, están hablando los dos.

—¿Así que verdaderamente te preocupas un poco por mí? —preguntan entre susurros de la hierba los pies de papá-padre.

—Sí, me preocupo, me preocupo —susurran inmediatamente los pies de Josefina—. ¿Te preocupas tú por mí?

—Puedes estar segura —replican tranquilizadores los grandes pies que calzan negros chanclos.

—¿Me contarás hoy un cuento? —pregunta cautelosamente Josefina.

—Tal vez sí, tal vez no, tal vez... —
replica prometedor papá-padre.

De repente mejora el tiempo. El arco iris riela. El sol sale.

Con cuidado, papá-padre se detiene bajo un abedul. Observa una gota de agua que cuelga del extremo de una rama.

—¿Ves?

Josefina observa también la gota de agua y lo ve todo reflejado allí, tan claramente como en el espejo de la pared de casa. Sólo que mucho más pequeño. Puede distinguir la iglesia, sólo que más diminuta que cualquier otra cosa de este mundo.

Y en la gota de agua, la torre de la iglesia está hacia abajo, aunque en la realidad esté como tiene que estar. Otras gotitas cuelgan de las ramas, y en cada una aparece la torre de la iglesia hacia abajo.



—¡Qué divertido! —dice Josefina.

—Sí —contesta papá-padre. Y empieza a hablar. Así que Josefina sabe inmediatamente que habrá una historia. Puede advertirlo en su voz. Será un relato acerca de las gotas de lluvia, y Josefina escucha conteniendo el aliento, ya que no sabe nada de lo que papá-padre le cuenta.

—Una gota de lluvia es una criatura que ha nacido en el aire, allá arriba, quizá en el arco iris o todavía más alto, incluso más lejos de donde pueden alcanzar los ojos; nadie puede saberlo con seguridad —explica papá-padre.

Y Josefina mira tan alto como le es

posible, mientras él prosigue:

—Cuando la gota es suficientemente grande, tiene que dejar su casa y salir. Empieza a caer.

—Qué terrible —dice Josefina.

—En absoluto —replica papá-padre—. Al contrario. La caída es maravillosa para una gota de lluvia porque a eso está destinada. El arco iris está hecho de millones y millones de gotas de agua que caen, que reflejan el cielo al caer.

—¿Reflejan también el cielo hacia abajo? —pregunta Josefina.

—Sí, hacia abajo podríamos decir. Pero si pensamos en ello, veremos que

no hay tanta diferencia en que estén hacia arriba o hacia abajo como pensamos. Decimos que las gotas de lluvia están cayendo, pero ellas piensan que están volando. Decimos que volamos al Cielo. Y las gotas dicen que vuelan a la Tierra. La Tierra es su Cielo.

—¿Qué Cielo tan curioso! —dice Josefina, pensativa.

—Pero también bello —afirma papá-padre—. Debemos hacer cuanto podamos para lograr que la Tierra sea un Cielo maravilloso para las gotas de lluvia. ¿No te parece?

—Claro. ¿Se convierten en ángeles las gotas de lluvia al llegar a su Cielo?

—En cierto modo —responde papá-padre—. Podríamos decir que se convierten en ángeles a su manera.

Luego, papá-padre dice que ni una sola gota de agua cae en vano. Por cada una que cae, crece una brizna de hierba o florece una flor, prosigue.

Eso es lo que anhelan las gotas de lluvia y en lo que sueñan cuando cuelgan temblando y aguardan en la punta de una rama. Aunque ellas no tengan la más ligera idea, como tampoco nosotros tenemos idea de lo que nos espera en el Cielo.

—¿Cómo puedes anhelar algo que desconoces? —pregunta Josefina.

—Sí, ¿cómo? ¡Respóndeme a eso, Josefina!

Y Josefina piensa que papá-padre también se pregunta mucho acerca de eso. Pero ahora parece que está alegre de nuevo, el pelo se le levanta y ya no tiene arrugas en la cara.

—¿Ayudamos a las gotas de agua? —pregunta Josefina, que quiere menear la rama.

Pero papá-padre la detiene.

Y, de vez en cuando, una tenue brisa sopla a través del árbol, de tal manera que las gotitas caen al suelo formando un brillante arco iris.

INDUDABLEMENTE, el verano ha llegado; el sol brilla de la mañana al atardecer. No hay ni una sola nube en el cielo.

«Es maravilloso», piensa Josefina.

Pero todas las personas mayores menean la cabeza y dicen que está demasiado seco. Lo que se necesita es lluvia, muchísima lluvia. No ha caído una gota desde el día en que Josefina fue a pasear con papá-padre para ver el

arco iris. Y pasó hace mucho tiempo. Tantas cosas han pasado desde entonces... Tantas...

Agneta se ha casado con Eric, y se han ido a vivir a la ciudad.

Josefina fue dama de honor y llevó el ramo de Agneta. Para desearle suerte, escondió entre los lirios tres mariquitas y una gran araña de la suerte.

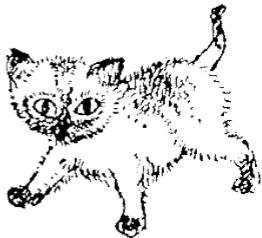
Y le dieron suerte, aunque Agneta no apreció mucho que pusiera la araña. El animalito no sabía cómo comportarse, pero se salió del ramo y se puso sobre Agneta. Se movió mucho y le hizo cosquillas al correr. De cualquier manera, apareció en la foto de la boda.

Se ve sobre el velo, junto al cuello. Josefina se siente enormemente orgullosa de eso.

Durante los días que precedieron a la boda hubo mucha gente en la vicaría; todos sus hermanos y hermanas con sus hijos y mucha más gente. Luego, cuando terminó la boda, Agneta y Eric se fueron y todo parecía vacío.

Sí, cómo estaba de vacío...

Durante un mes, Agneta y Eric no aparecieron porque se marcharon de viaje. Pero ahora han empezado a venir para ver a su gatito, como prometieron. Aunque Agneta ya no vive en casa, viene a menudo sin Eric.



Es una buena cosa que Josefina tenga los gatitos porque de otra manera se sentiría aún más sola. Ya son grandes. Uno ha tratado incluso de lanzarse contra los pájaros. Ahora los tres tienen que llevar una campanilla colgada del cuello para que los pájaros los oigan.

A veces, Josefina se baña en el lago cuando mamá tiene tiempo para

acompañarla. También recoge flores y hace recados en la aldea.

Hay muchos niños en la aldea, pero ninguno juega con ella. Simplemente se cruzan corriendo, como si no la vieran. O se quedan quietos, formando pequeños grupos, y la miran como si fuese un monstruo.

Lo entiende: no sabe lo suficiente para que pueda estar con ellos. ¡Conocen tantos juegos! Montan en bicicleta y juegan a la pata coja y a las canicas. Una vez, Josefina jugó con ellos a la pata coja, pero se equivocó en todo y, naturalmente, ahí terminó la experiencia.

Otra vez le dieron una bolsa de canicas para que fuera a jugar con los niños de la aldea, pero las perdió inmediatamente, porque no sabía cómo jugar. Cuando se quedó sin canicas, nadie quiso jugar más con ella.

Esos chicos de la aldea deben de conocerlo todo. Será muy interesante empezar a ir a la escuela. Entonces quizá también aprenda ella. Comen helados y mascan chicle. Ellos siempre tienen dinero, pero Josefina nunca tiene.

En casa nadie tiene tiempo para estar con ella.

Hace muchísimo tiempo que papá-padre y ella no salen a dar un paseo.

Ahora está muy ocupado. Hay bodas casi todos los días, y tiene que estar con todos los chicos y chicas mayores que serán confirmados en el verano. ¡Y además también hay funerales! Sí, la gente también se muere en verano; aunque eso no puede ser muy divertido, piensa Josefina. Si uno tiene que morir, al menos debería ser en invierno, cuando está oscuro afuera y el tiempo es malo.

La vieja Mandy está agobiada de trabajo en la cocina. Sin embargo, es la que más tiempo tiene para Josefina.



A mamá nunca le queda tiempo.

Siempre tiene muchas cosas que hacer y que recordar, y es tan olvidadiza...

Se hace curiosos nudos en el pañuelo y en las batas, pero luego se olvida igualmente de todo y su moño se balancea arriba y abajo. Josefina la ayuda a hacer nudos, pero a veces ambas se hacen un terrible lío y entonces mamá se lleva una mano a la frente y se echa a reír:

—¡Oh, querida Josefina, estoy perdiendo la cabeza!

Mamá va por todas las habitaciones. Lleva unos zapatos flexibles y relucientes que es imposible no admirar porque no hay zapatos o pies más

silenciosos: jamás resuenan. Absolutamente mudos, se mueven más rápidos que el viento. ¡Pueden incluso cruzar sobre la gravilla del paseo sin que se oigan! Los pies de Josefina nunca podrían hablar con los pies de mamá de la forma que lo hace con los de papá-padre.

Por otro lado, no tiene que estar callada cuando hay alguien con mamá. Siempre puede hablar. Mamá habla con la misma rapidez con que camina, y casi tan bajo. Pero mamá casi siempre está cansada. A menudo, cuando se sienta a leer o a coser algo, se queda dormida. Por esta razón nunca acaba su mantelería

para la tómbola.

Todos los años hay una tómbola en otoño y otra en primavera. Mamá empieza a trabajar en su mantelería una semana antes. Una vez la ayudó Josefina, pero no sirvió de mucho. Ahora han pasado ya seis tómbolas sin que estuviera terminada la mantelería, y se irrita mucho.

Transcurren los días —largos y maravillosos días—, pero Josefina no siempre sabe qué hacer. A veces se siente un poco aburrida, no hay por qué negarlo. Por esa razón se pone tan contenta cuando mamá dice una mañana:

—Hoy llega Anton Godmarsson. Es

nuestro nuevo jardinero.

Josefina afirma que Godmarsson le parece un nombre raro aunque le viene bien al jardinero de una vicaría^[1].

—Sí, quizá sea así —dice mamá—. Godmarsson es un buen hombre y conoce su oficio, aunque resulte un poco extraño. Recuerda que debes ser amable con él porque lo necesita.

—¿Qué resulta extraño? —pregunta Josefina.

—Ya lo verás por ti misma —replica mamá, que está muy atareada—. Pero ¡recuerda lo que estoy diciéndote! Nada de risitas ni de las tonterías que a veces hacen las niñas pequeñas. ¿Me

oyes?

—Hum —murmura Josefina,
ofendida.

Mamá siempre teme que haga alguna tontería. Constantemente dice lo mismo.

—¿Cuándo viene? —pregunta Josefina, mientras mamá ya se marcha.

—No lo sé, supongo que hoy; pero no sé a qué hora —replica mamá.

Y se va precipitadamente.

JOSEFINA siente muchísima curiosidad respecto a Anton Godmarsson. Por eso baja hasta la aldea para ver si viene en el autobús de las diez de la mañana. Como le sobra tiempo, decide dar un paseo por la calle de la aldea. Hace calor. Los chicos comen helados y se bañan en el arroyo que pasa por la aldea. Una vieja va por el puente que cruza el arroyo bamboleando su colada. Aquí y allá hay

gente que toma café y limonada en su jardín. Pero, como apenas la conocen, nadie ofrece nada a Josefina. Se limitan a saludarla con una inclinación de cabeza y ella les devuelve el saludo de la misma manera. Hoy no hay mucho que hacer en la aldea.

Por fin llega el autobús. Josefina corre hacia la parada. Pero Anton Godmarsson no ha venido. Sólo se baja una anciana. El autobús reanuda su marcha. La mujer se aleja renqueando con su bolsa de la compra.

Entonces, a Josefina parece que se le sale el corazón. ¡Es... la anciana del bosque! ¡La abuelita Lyra, como la

llaman! Josefina no la ha vuelto a ver desde aquel día, pero ha pensado mucho en ella. En realidad fue muy amable, piensa Josefina, recordando todos los dulces que le dio...

Mandy dejó en la tienda la cesta donde Josefina trajo los gatitos. Así la vieja pudo recogerla. Pero la bolsa de Josefina sigue en el bosque. La anciana se acerca. Aún no ha reparado en la chica. Tal vez no la reconozca. La propia Josefina no sabe lo que quiere. Su corazón late con fuerza: ¿Desea que la vieja la vea? ¿O prefiere alejarse?

Josefina se acuerda de cuando Mandy le contó el cuento de Hansel y

Gretel y de la vieja, en la casa de chocolate, que les dio tanta comida sólo pensando en comérselos después. Luego se imagina a esta anciana animada de los mismos propósitos. Y rechaza esta idea, horrorizada consigo misma al pensar así. Por eso le late con tanta fuerza el corazón.

Entonces, la vieja se detiene.

—¡Caramba, pero si es la hija pequeña del vicario! ¡Cuánto tiempo sin verte!

Y se acerca a Josefina, que se siente muy turbada.

—Hay que ver cómo corraste con aquellos gatitos. Yo estaba muy asustada

con la tormenta y todo lo demás. Pero no hablaremos más de aquel día. Me alegro de verte, señorita.

—Sí —dice Josefina, y no puede pronunciar otra palabra.

—¡Hace tanto calor hoy! ¿Has tomado ya un helado?

—No —responde Josefina.

—Entonces, la abuelita Lyra te invitará a uno. Vamos ahora mismo a la tienda.

Hay varios chicos en la tienda y Josefina pide un cucurucho de los grandes. ¡Así aprenderán! ¡No es tan estúpida como se imaginan! La anciana compra también una bolsa de dulces.

—¿Hay algo más que te guste? —
pregunta a la chica.

Josefina se pone colorada.
Realmente no puede decirlo ¿O puede?

Bien..., sí, gracias —y por fin lo
dice tartamudeando—: un... chicle...,
quizá..., pero...

Inmediatamente consigue dos
paquetes. Y también se dan cuenta de
eso los chicos que merodean cerca del
mostrador. Con la cara muy alta,
Josefina abandona la tienda.

En la calle está la bicicleta de la
vieja. Ahora vuelve a su casa.

Entonces se acuerda:

—¿Y tu bolsa? Te la dejaste en mi

casa. He pensado muchas veces en llevarla hasta la vicaría, pero siempre he de cargar con muchas cosas cuando bajo a la aldea. Y Justus, mi hermano, es tan perezoso e inútil, que no puedo conseguir que haga nada.

—Yo misma recogeré mi bolsa — dice Josefina.

—¿Por qué no vienes ahora por ella? —pregunta la vieja—. Puedes ir sentada detrás de mí y luego te traeré de vuelta.

¿Por qué no? Josefina no tiene nada que hacer, y nadie sabe cuándo aparecerá el nuevo jardinero. Así que decide ir.

—Luego te compraré un pastel en la panadería, y así celebraremos hoy la pequeña fiesta que te había prometido.

Pronto Josefina va sentada en la trasera de la bicicleta de la vieja con una caja de pasteles, que se mece sobre sus rodillas arriba y abajo. Ya no tiene miedo de la anciana. La abuelita no puede ser una bruja si le compra tantas golosinas.

Cuando llegan a casa, la abuelita dispone la mesa en el cenador del jardín. Su hermano Justus no está en casa.

—Hoy no tenían un pastel grande y por eso compré varios pasteles

pequeños. Da lo mismo. Puedes comerte todos los que quieras.

Primero Josefina toma uno verde, rematado por mazapán.

—Bueno, ¿y qué tal van ahora las cosas en tu casa? —pregunta la anciana, mientras sirve un poco de limonada—. ¿Mejor?

—Sí —dice Josefina—. Hoy vendrá a casa Anton Godmarsson.

—¿Quién has dicho?

—Anton Godmarsson, nuestro nuevo jardinero.

—¡Señor! —exclama la vieja, sentándose violentamente—. Pero ¿en qué piensan tus padres? ¿De verdad que

va a ir?

—Mamá dice que conoce el oficio —replica la chica con la boca llena.

La anciana se succiona el diente, justo como la otra vez, recuerda Josefina.

—Desde luego no es amigo del trabajo —declara tajantemente—. Claro que no.

El pastel verde se ha terminado. Era maravilloso y quedan muchos más. Josefina observa el plato.

—Te gustan, ¿eh? —dice la vieja, complacida, al tiempo que coloca frente a Josefina un pastel de chocolate.



Entonces la abuela le pregunta si ha comido algo hoy. Y la niña, pensando sólo en los pasteles, se olvida de las gachas que ha tomado para desayunar y

responde «no».

—Así que te envían a la calle con el estómago vacío. ¡Pobrecita mía! ¿Cómo pueden ser tan crueles contigo?

Josefina tiene la boca llena de crema de chocolate y los ojos clavados en el plato de pasteles que tiene delante. ¿Qué va a decir ahora?

—¿Son realmente tan crueles contigo? —pregunta la vieja, que está sentada a su lado.

—Sí, bueno, a veces —dice Josefina, decidiéndose por el pastel de nata.

Lo toma y se bebe otro gran vaso de zumo de frutas. Es de fresas,

maravilloso.

—Pero ¿de verdad son tan crueles contigo? Bien, apenas puedo creerlo.

Josefina se come el pastel de nata y también otro de caramelo. Sólo escucha a medias lo que dice la vieja.

Piensa para sí:

«Es una anciana muy amable. Habla demasiado, sin darte tiempo a responder a todas sus preguntas, pero verdaderamente es muy amable. Casi como una abuela».

Josefina ha oído hablar a otros niños que tienen abuela. De una abuela se puede conseguir casi todo. Pero ella no tiene. Sus abuelos han muerto... Pero

suponiendo... Mira a la anciana y toma una decisión.

—¿Le gustaría a usted ser mi abuela? Yo no tengo; las dos han muerto.

Para empezar, todo lo que se oye como respuesta es una violenta succión en el diente, pero luego la vieja dice que le agradaría.

—Abuelita Lyra —dice—. Ésa soy yo, ¿verdad? Muy bien, mi pequeña, me gusta de verdad.

Luego, Josefina pregunta:

—¿No tiene usted marido?

Se le ha ocurrido pensar que también podría conseguir un abuelo en el trato.

—No, mira, yo no me casé. Sólo

tengo a mi hermano Justus —replica la anciana.

Y Josefina piensa que puede arreglarse muy bien sin abuelo en vez de aceptar a uno que mata gatitos. Aunque, desde luego, no dice nada.

La vieja parece muy feliz por haberse convertido en abuela.

—Entonces puedes venir a ver a la abuelita Lyra siempre que quieras. Aquí podrás comer todo lo que gustes y ponerte gordita y bonita. Es una vergüenza ver lo delgada que estás. Las personas sencillas como nosotros no somos tan avaras. Nadie se levanta con hambre de la mesa de Judith Lyra. ¿Qué

comes en casa?

—Albóndigas de pescado y patata —dice, porque es lo que más le gusta.

—¿Y a eso lo llaman comida? —suspira la anciana—. Pero ¿no tomas carne?

Josefina acaba de apoderarse del merengue que se reservaba para el final, y con la boca llena de merengue no tiene ganas de hablar de carne. Así que no replica y la vieja coloca encima de la mesa una bolsa de dulces. Con la mano da un golpe cariñoso a Josefina.

—Pobrecita mía —dice—. Díselo a la abuelita Lyra. No lo pasas bien en casa, ¿verdad? Dímelo...

Al principio, Josefina no entiende nada. ¿Qué tiene que responder a eso? Luego comprende que la abuelita Lyra quiere saber si tiene tantos dulces en casa. Menea negativamente la cabeza.

—¿Y de la ropa? ¿Te dan vestidos?

—¡Oh, sí!

Josefina explica que se pone la ropa que ya han usado los hijos de su hermano Charles, porque ella es su tía. ¡Sí, son mayores que ella y ya han empezado a ir a la escuela!

Pero luego, la abuelita Lyra le pregunta si alguna vez le compran algo.

—No podemos permitirnoslo — responde Josefina. Eso es lo que mamá

le dice siempre.

Después, la abuelita Lyra se siente terriblemente apenada por Josefina y pone en su plato un buen montón de dulces.

—¿De manera que es así? ¿Conque no pueden permitírsele? Y son los pequeños quienes han de pagar las consecuencias.

Josefina se atraca de dulces, y la abuelita Lyra vierte un poco de café en el platillo, pero lo sorbe y hace mucho ruido al tragar.

De repente, Josefina se siente terriblemente llena. Le duele un poco el estómago. Ya no puede tragar más

dulces.

—Siempre duele la tripa cuando una no está acostumbrada a la comida. Es porque te matan de hambre, pobrecita mía. No saben lo que necesitan los niños.

Sienta a Josefina en sus rodillas, pero la chica siente náuseas cada vez más fuertes. Ahora comprende lo infortunada que es, aunque hasta entonces no lo hubiera advertido. Y salen a la luz todas las injusticias olvidadas: la vez que la zurraron por comerse toda la miel de la despensa; la vez en que trató de alcanzar el tarro del melado y se cayó en la cesta de huevos;

cuando..., ¡uf! ¡Cuántas tragedias ha padecido, ahora que piensa en ello! Y se lo cuenta todo a la abuelita Lyra que le hace preguntas y que la consuela mientras le sigue doliendo la tripa.

Cuando Josefina es incapaz de contar más cuentos, la abuelita Lyra dice:

—Sí, sí, tu vida es muy dura, pobrecita mía. Pero ahora la abuelita Lyra te va a regalar una muñeca. Una muñeca grande y maravillosa con pelo y todo.

Y Josefina se olvida del dolor de tripa.

—¿Una que cierre los ojos? —

pregunta, conteniendo el aliento.

—Sí, estoy segura de que también hará eso.

Josefina reflexiona.

—He oído que hay muñecas que pueden comer e ir al lavabo. ¿Lo hará también la mía? —pregunta.

—Ya veremos. Tendrás que esperar a que vaya a la ciudad.

Claro, desde luego, Josefina no pone objeciones a eso de esperar.

—Y hay algunas que también pueden andar —dice al cabo de un momento—. Pero yo no quiero ninguna de éstas.

—¡Oh! ¿Por qué no?

—Porque sería mucho pedir. ¿No le

parece? —dice Josefina, tentando la suerte.

—Ya veremos, ya veremos.

Josefina, ante la anciana, parece soñar.

—Y hay algunas que también pueden hablar —dice, sobre todo para sí.

—Ya veremos, ya veremos —repite la anciana.

Luego lleva a Josefina en la bicicleta hasta cerca de su casa.

Y mientras pedalea, le señala cuidadosamente el camino para que aprenda a ir sola. No está muy lejos, y por el camino crecen frambuesas silvestres, tan grandes como huevos, y

fresas silvestres, del tamaño de las cultivadas.

Las frambuesas silvestres pronto estarán maduras.

Sí, el camino hasta la casa de la abuelita Lyra está rebosante de deleites; Josefina puede advertirlo.

JOSEFINA corre a la cocina y le cuenta a Mandy todo lo referente a la abuelita Lyra y a la muñeca que le va a regalar. Y sobre los pasteles y el helado y los dulces. Pero no lo del chicle que todavía lo tiene sin abrir en el bolsillo del vestido. Lo guardará hasta que tenga que bajar a la aldea para que los niños puedan ver cómo lo masca. De cualquier manera, sabe lo que en casa piensan del chicle: algo de lo que es mejor no

hablar.

—La abuelita Lyra es tan amable, tan amable —termina de decir Josefina—. Si tú supieras, Mandy...

—Puede ser... —dice Mandy, extendiendo la masa con el rodillo.

Precisamente entonces llega mamá y Josefina le cuenta también lo amable y simpática que es la abuelita Lyra.

—Y me dejó comer todo lo que quise, y la muñeca podrá cerrar los ojos y comer e ir al lavabo y quizá incluso andar.

—Jamás oí una cosa semejante —dice mamá, volviéndose hacia Mandy—. Debe de ser muy amable esa señorita

Lyra.

Mandy no contesta.

—Sí —le asegura Josefina—, no hay nadie más amable en el mundo entero.

—Pero ¿por qué tienes que llamarla «abuelita»? —pregunta mamá—. ¿No podrías llamarla tía Judith?

—No —responde Josefina—. Yo quiero también una abuelita.

—Claro —dice mamá—. Yo sólo pensaba...

Pero no termina la frase y observa a Mandy que golpea airadamente la masa contra la tabla de amasar.

—¿Qué es lo que pasa, Mandy?

Mandy vuelve a golpear la masa. Se

pone colorada.

—Eso es ir demasiado lejos —dice, mientras le relampaguean los ojos—. ¡Hay que ver las cosas que una tiene que oír; es como para que se te caigan las orejas!

—¡Pero, Mandy!

—Mira que eso de abuelita Lyra. Arpía, eso es lo que es. ¡Desde luego sabe ser melosa!

—¡Pero, Mandy! —le reprocha mamá—. Cualquiera puede advertir que se trata de una anciana de buen corazón.

—Hum —replica Mandy, y vuelve a atacarla más—. Pero también es una arpía.

Mamá menea la cabeza y saca a Josefina de la cocina.

—Si me preguntas lo que sucede — dice con voz que denota su turbación y riendo un poco—; Mandy está celosa. ¡La querida y vieja Mandy; jamás lo hubiera creído de ella! Es mejor que vuelvas a la cocina y le des un abrazo muy fuerte.

Y así lo hace la niña con la mejor voluntad del mundo, pero Mandy no cambia su actitud. No, hasta que Josefina está a punto de salir de la cocina. Entonces le da un cachete cariñoso en la mejilla y dice:

—No te enfades con la vieja Mandy,

pequeña.

No, cómo va a enfadarse con Mandy.
Le da otro abrazo.

—¡Ya sé! —dice encantada de su propia idea—. ¡Mandy, tú puedes ser mi otra abuela! ¡Y yo que no tenía ninguna!

Entonces, Mandy meneaba violentamente su cabeza, aunque ya no parece enfadada.

—Gracias, gracias, pequeña — replica con firmeza—, pero me siento a gusto siendo la vieja Mandy. Me ha ido bien hasta ahora, y así será en el futuro.

—Sí —dice Josefina, pensativa—. Supongo que es mejor así porque, si te convirtieras en mi abuelita, ya no tendría

yo ninguna Mandy, ¿verdad? ¡Y nunca encontraría otra Mandy!

Entonces, Mandy le da un fuerte abrazo, la empuja fuera de la cocina y se suena la nariz.

—Ahora vete al sol y no te quedes aquí, chismorreando con viejas tontas — dice con su rudeza habitual.

—¿Ha llegado Anton Godmarsson? —pregunta Josefina desde la puerta.

—No, no le hemos visto todavía. Ya es tan tarde que probablemente no llegará hasta mañana.

Josefina remolonea.

—¿Le gusta trabajar? —pregunta al cabo de un momento.

La abuelita Lyra ha dicho que no le gustaba trabajar, pero ella no le cuenta nada de eso a Mandy.

Mandy la mira, pasmada.

—¡Dios nos bendiga! ¡Vaya manera de hablar! —dice—. ¿Cómo voy a saberlo? Jamás le vi, pero estoy segura de que trabajará como cualquier otro. ¡Y ahora, vamos, al sol, señorita!

Josefina coge un pedacito de masa y parte como una flecha.



HOY hace un calor terrible. Mamá no tiene tiempo de llevar a Josefina a nadar al lago. Nadie tiene tiempo para ella.

Anton Godmarsson llegó esta mañana, mientras ella aún dormía. Luego desapareció para comprar algunas plantas. Por eso no le ha visto todavía, y pasará algún tiempo antes de que regrese, según dice Mandy.

¿Qué es lo que podría hacer hoy?

¿Ir quizás a la aldea y mascar

chicle? ¡Así se enterarán los demás niños!

Primero tendrá que practicar el mascado ante el espejo. El chicle todavía está envuelto en un papel muy bonito. Es más bien duro y huele bien. Ahora desenvuelve un chicle, se lo mete en la boca y se dirige al espejo. Parece que la cosa va bien, aunque debe hacer movimientos más amplios con la mandíbula. ¡Así! Y chasquear un poco los labios como si lo hubiera hecho toda la vida.

¡No hay ninguna dificultad! Ahora su boca chasquea y chasquea al mascar. ¡Es una chica moderna, aunque los chicos de

la aldea piensen lo contrario!

Con tal de no parecer tan... ¿Cuál es la palabra que siempre emplean para referirse a ella? Sí, anticuada, eso es lo que la llaman.

—Esa chica anticuada es mejor que se quede fuera —dicen siempre los chicos.

Josefina se contempla en el espejo. ¡Hum! Es verdad. Parece... anticuada. ¿Por qué? Porque en la vicaría todo es anticuado.

La abuelita Lyra tiene razón. En casa nunca compran nada nuevo. Si alguien necesita algo, se limitan a subir al desván y buscar por allí cualquier cosa

que le sirva. Algo anticuado, naturalmente. Cualquiera puede advertir que el vestido que lleva Josefina no lo compraron para ella, sino que ya estaba usado.

Sí, sí, por supuesto que lo entiende. Las niñas con pelo corto y falda corta y de vuelo no juegan con alguien que va vestida como ella. Ella lleva el pelo largo y el vestido también. ¿Por qué no ha pensado antes en ello? ¡Ésa es la razón de que las niñas de la aldea no quieran saber nada de ella!

Pero... quizá lo arregle. Tal vez pueda ponerse un poco más elegante. Bueno, al menos, cabe intentarlo...

Josefina va silenciosamente a la habitación de su madre. Allí está la mesa de coser y en la mesa hay unas tijeras, unas tijeras grandes. Las coge.

Y también sin ruido abandona la habitación.

Primero debe quitarse el vestido. Así, acortarlo será la cosa más fácil del mundo. Corta una ancha tira alrededor. Ahora es tan corto como tiene que ser. Se pone el vestido otra vez. Bueno..., desde luego ya no parece anticuado.

Y el pelo... también es fácil de cortar. Sencillamente cae tan pronto como empieza a manejar las tijeras. Es divertido cortarse el pelo. Aunque

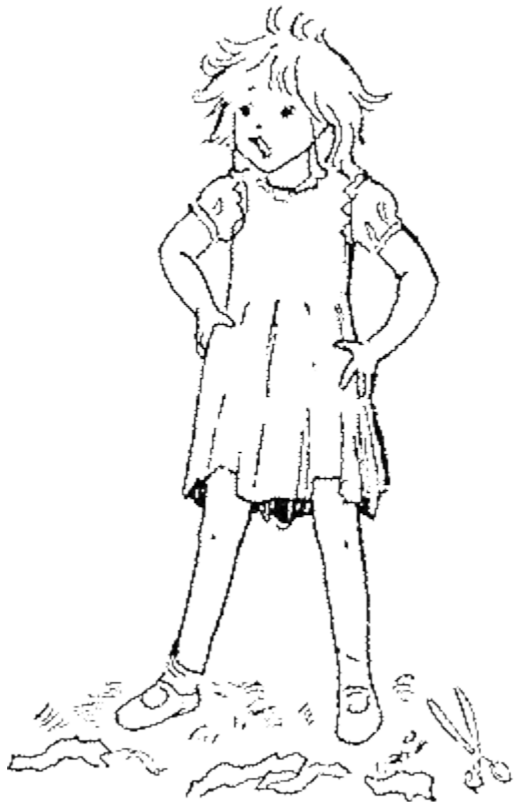
resulta difícil, porque en el espejo no se puede ver la parte de atrás. Una o dos veces se tijeretea las orejas y el cuello de su vestido. El cuello acaba hecho jirones, pero las orejas siguen allí. Y eso es lo principal.

Ya está dispuesta.

Satisfecha consigo misma, Josefina se mira en el espejo. Podría haberse cortado todavía más pelo, pero ahora tiene prisa. En cualquier caso, está mejor que antes.

Sin embargo, su vestido y su pelo parecen un poco desarreglados... Pero ¿qué importa eso? Allí, en la aldea, cuanto más desarreglada va una niña,

más segura de sí misma parece. Josefina se ha dado cuenta de eso. Y son las chicas desarregladas las que no quieren jugar con ella. ¡Ahora todo habrá cambiado!



Por lo general, los niños desarreglados parecen audaces y peligrosos. ¿Y Josefina? ¿Lo parece ahora? Sí, así lo cree...

Va corriendo hasta la aldea. Primero a la tienda, porque allí es donde se suelen reunir a jugar los chicos.

¡Qué calor hace hoy! Cuando llega, el vestido se le ha pegado al cuerpo. Y su garganta está tan seca que le abrasa.

Con la boca seca, el chicle se le pega. Masca y masca hasta que le duelen las mandíbulas, pero no es capaz de decir una palabra. Por suerte, no parece haber nadie por allí cerca. Porque ante la tienda, la calle no puede estar más

vacía. A través de los cristales del escaparate, Josefina advierte que dentro tampoco hay nadie.

Una extraña quietud reina en toda la aldea. Todo el mundo ha ido a echarse la siesta porque hace mucho calor. Debajo de los toldos de los jardines particulares brota el tenue tintineo de vasos y tazas. Tras unos arbustos se oye el crujido de las hojas de un periódico, y de una hamaca llega un ronquido. Por lo demás, no se percibe ni un ruido.

Pero ¿qué pasa con los chicos? ¡Por lo general no desaparecen y se ocultan sólo porque haga calor! Josefina recorre a la carrera toda la aldea, sin aliento y

decepcionada.

Por fin se encuentra con un anciano. Él la mira y se echa a reír.

—Si vas a coger el autobús de la playa, será mejor que te des prisa — dice.

—¿El autobús?

—Sí. ¿No lo sabes? Todos los niños del pueblo van hoy en autobús al lago. Van a aprender a nadar. El autobús sale de la escuela. No cuesta nada. Puedes alcanzarlo si corres.

Y allá va ella.

Mucho antes de llegar, distingue el autobús, un vehículo amarillo con alegres gallardetes en la parte delantera.

Los niños corren alrededor, agitando toallas y trajes de baño de vivos colores. Bullen por todas partes madres con cestas de la merienda y bolsas playeras.

Josefina se aproxima cautelosamente.

Al principio, nadie repara en ella. Todo el mundo está demasiado interesado en el acontecimiento. Todos los niños se sientan en el autobús. Las madres se empujan unas a otras junto a la puerta mientras gritan:

—¡Recuérdalo! ¡No te vayas muy lejos!

—¡No estés demasiado tiempo en el

agua!

—¡Recuerda que tienes que obedecer a la profesora!

Josefina se acerca aún más, mascando el chicle todo lo descaradamente que puede. Se apoya en un árbol y trata de adoptar un aire despreocupado.

Luego, de repente, se extingue el griterío del autobús, se paralizan todos los brazos y todas las manos que se despedían.

Ningún chico escucha las recomendaciones de su madre.

Los niños han advertido la presencia de Josefina. Todos los ojos se clavan en

ella, y Josefina les devuelve la mirada. Pero la cosa no resulta.

Primero se oyen unas cuantas risitas. Luego se desencadena un gran alboroto.

—¡Mirad! Pero ¡fijaos en esa chica! ¡Está loca, debe de estar loca!

En aquel momento, el autobús se pone en marcha. Todos sus ocupantes chillan, aúllan y manotean hacia ella. Paralizada, Josefina permanece apoyada en el árbol. El chicle es como una piedra en su lengua. Un poco más abajo, en la garganta, se le ha hecho un nudo.

Echa a correr sin fijarse adonde se dirige.

CUANDO Josefina corre desde la aldea camino de su casa, sólo tiene una idea en la cabeza: «va a ir a nadar».

A todos los demás los han dejado: a todos les han permitido tomar el autobús sin sus madres, lo ha visto con sus propios ojos. ¿Por qué ella no puede ir a nadar sin su madre?

No se atreve a ir al lago. Pero hay otro lugar. Un pequeño regato llamado el Arroyo del Ángel. No la dejan ir allí

porque los niños pequeños pueden ahogarse y convertirse en ángeles, al menos eso es lo que dice la gente. Porque no todo el mundo puede convertirse en ángel. Papá-padre dice que sólo pueden lograrlo los niños buenos y obedientes. ¡Y en este preciso momento Josefina no se siente precisamente buena y obediente, con un chicle en la boca y tras haberse cortado el pelo y el vestido!

Pero no es posible que haya mucho peligro en darse un chapuzón en el Arroyo del Ángel. Aunque, para mayor seguridad, cometerá una desobediencia más, algo que normalmente no hubiera

pensado hacer.

Se comerá algunas cerezas del cerezo del jardín. A nadie se le permite tocar este árbol y nadie lo toca, porque Mandy hace compota con las cerezas y nadie quiere perdérsela, y menos que nadie Josefina.

Pero hoy tiene otras cosas en la cabeza.

Es bueno que exista el árbol. Papá-padre le ha hablado de una chica llamada Eva. Fue la primera chica en la tierra. Al parecer, tampoco quería convertirse en ángel y por eso comió la fruta prohibida, aunque aquel árbol tenía manzanas que se guardaban

posiblemente para hacer una tarta al Todopoderoso. Ofreció también a un chico llamado Adán. Después de aquello no había peligro de que se convirtieran en ángeles. En realidad, Dios Padre se enfadó tanto con ellos que no quiso volver a verlos. Y por esa razón come Josefina todas las cerezas que puede. Además, están muy ricas y cuantas más coma menos posibilidades habrá de que se convierta en ángel.

Finalmente, ya no puede alcanzar ninguna cereza más, pero ya tiene bastante. Ahora puede ir y darse un chapuzón en el Arroyo del Ángel.

El arroyo corre donde empieza el

bosque. Separa el Prado de la Campana del bosque que hay más allá. Puedes oírlo desde muy lejos.

¡Qué día tan maravilloso!

El sol brilla, la hierba le cosquillea los dedos de los pies. En su boca persiste todavía el dulce sabor a cereza. Si alguien tiene alguna preocupación, éste es el lugar para olvidarla. Josefina ya no piensa en lo que le ha sucedido en la aldea. ¡Niños estúpidos y engreídos! ¡Presumen porque los dejan ir a nadar! ¿Y qué tiene eso de particular? Ella también va a nadar, y sola. Vale tanto como ellos.

Cuanto más se acerca al Arroyo del

Ángel, más contenta se siente. El agua resuena y corre alegremente. Forma remolinos y murmura.

El agua tiene una oscura tonalidad, como cerveza negra, y, sin embargo, está completamente transparente. En el fondo relucen piedras blancas. El arroyo atrae para sí agua de las dos riberas y forma innumerables y diminutos torbellinos. El agua salta y levanta espuma. Sobre la superficie flotan anillos plateados. ¡Qué divertido!

¡Aquí no hay peligro!

Josefina vaga por la orilla, trata de encontrar un buen lugar para darse un chapuzón. Por allí hay un pequeño

puede de madera. Si lo cruzas, te ves ya en la espesura del bosque. Bajo el puente hay algunas piedras grandes contra las que choca el agua y forma mucha espuma. Allí no puedes nadar. Pero inmediatamente después la corriente se ensancha y el agua pasa tranquilamente. ¡Allí!

Josefina mete un pie en el agua; está helada. Afuera con el pie.

Eso de nadar es algo que hay que hacer poco a poco. Al fin y al cabo dispone de todo el día. Nadie dice que tenga que ser ahora mismo. Primero se desnudará y tomará el sol un rato. Pero antes jugará a las tagüitas. Eric la ha

enseñado cómo. Los guijarros se deslizan sobre el agua de la manera más divertida, y el sol reluce en las salpicaduras. ¡Qué día!

Cerca de la orilla hay una islita cubierta por la hierba. Josefina llega hasta allí de una carrerilla y da un salto. Ahora ya está un poco dentro de la corriente. El agua se arremolina alrededor de la islita. Cuando se arrodilla, puede meter los dedos en los agujeritos donde el agua gira. Le cosquillea de la manera más divertida. También está fría, pero el agua burbujea tranquila y agradable.

Más allá hay un encantador y

profundo agujero. Josefina se acerca y resbala fuera de la islita..., ¡plaf...!



Y ya está en el agua que parecía tan agradable. Está fría. ¡Pobre Josefina! Se hunde hasta el fondo como una piedra, como una piedra entre todas las demás piedrecitas. Y en la superficie queda sólo un anillo, un poco más grande que

los otros anillos. Por un momento no se oye ningún ruido. Sólo el rugido de la corriente y el suspiro de los bosques.

Luego llega el sonido de un furioso manoteo, un grito, un aullido de terror que ahuyenta a todos los pájaros. Es Josefina que lucha por salvar su vida en el Arroyo del Ángel. Se halla sola y está ahogándose.

El arroyo está dispuesto. Lo ha estado desde que hubo niños a los que convertir en ángeles y se siente decidido a hacer lo mismo con Josefina. El arroyo es como una jauría de lobos hambrientos en un cuento de hadas. Se apoderará de todo lo que esté a su alcance...

¡Luego..., un sonido de fuertes pisadas! ¡Una voz ronca que llega del prado! Josefina ve cómo se aproxima una inmensa sombra. Cierra sus ojos y lanza un grito.

Cuando siente que alguien la alcanza, pugna como una loca con brazos y piernas, salpicando agua, luchando y gritando. Lucha hasta que ya no puede más.

Entonces, él se apodera de ella. La sujeta estrechamente con sus grandes brazos. La alza del agua y camina con pasos pesados. Sabe quién es. Lo ha sabido inmediatamente. Sólo le bastó ver su sombra.

Es el Padre Eterno.

Ahora escucha su voz sofocada por encima de su cabeza.

—¡Qué mocosa tan extraña! ¡Mira que no querer salir del agua! ¡Una auténtica y pequeña salvaje!

Josefina permanece quieta, sin mover los brazos.

Luego, cautelosamente, abre un ojo. Parece como en los grabados. Viejo y cansado, el pelo blanco, la barba blanca. Lleva una camisa azul celeste y tiene los ojos de color azul claro. Desde luego es fácil reconocerle.

Parece amable, como debe ser Dios. Sin embargo, ella preferiría quedarse en

la vicaría, en donde conoce a todo el mundo. Porque ella no conoce a un solo ángel. Y como ni siquiera ha podido jugar con los chicos de la aldea, es seguro que no permitirán que juegue con los ángeles.



Josefina abre el otro ojo y le mira.

—No vale la pena que me lleves —
dice entre sollozos.

—¡Ah! ¿No? —responde avanzando sobre sus grandes botas.

—Yo..., yo no quiero ser un ángel. No soy adecuada —prueba a insistir.

—¿No?

—No, y tampoco soy buena compañía para los ángeles —dice Josefina—. El cielo se llenaría de ángeles malos si yo voy allí.

Josefina hace cuanto puede para persuadirle; su voz es respetuosa y parece convincente, piensa. Y él parece escucharla.

—Además, he comido del cerezo prohibido —le hace saber finalmente—. ¡Muchísimas cerezas!

Ahora se encuentran en el centro del Prado de la Campana. Desde allí puede ver la iglesia y el campanario. ¡Tan cerca de casa y, sin embargo, tan lejos!

De repente oye el tañido de las campanas. Nunca le ha parecido tan funesto. Contiene la respiración, alzando la vista hacia Dios Padre. Él le devuelve la mirada, se para, permanece inmóvil un momento y luego la deposita cuidadosamente en la hierba.

—¿Ya has recuperado la razón, niña? —pregunta—. No sabías lo que hacías de lo asustada que estabas, ¿eh? Ahora será mejor que eches a correr hacia casa o te enfriarás.

Luego da la vuelta y se aleja.

Josefina le sigue con la mirada. Le ve ir camino del Arroyo del Ángel, cruzarlo por el puentecito e internarse en el oscuro bosque, por donde desaparece.

Lanza un suspiro de alivio.

¡Tuvo efecto el truco de decirle lo de las cerezas!

—**A** VECES me indignas —dice mamá, y su moño rubio sube y baja por su nuca.

Mamá siempre se indigna con Josefina.

Mandy se enfada con Josefina.

—Sí, estoy muy enfadada con esta chica —dice.

Y Agneta, que acaba de llegar a casa, se muestra irritada.

—Esta chica me irrita —afirma

quejándose.

Indignada, enfadada, irritada, así se sienten con Josefina porque se ha cortado el pelo. Y su vestido. ¡Ahora habrá que esconder todas las tijeras de la casa!

Y se queda sin budín y, como castigo, se va directamente a la cama después de cenar. ¡Así que hoy no verá a Anton Godmarsson! ¡Y tampoco mañana! Porque mañana pasará todo el día en la ciudad. Ha de ir a que le corten el pelo como es debido y a hacer recados con Agneta. Su propio corte de pelo no sirve, tendrán que igualarlo, dice mamá.

Ahora se limitan a hablar acerca de Josefina, pero no le dirigen la palabra aunque está allí presente. Y por lo que dicen, cualquiera pensaría que hablan del peor desastre que pudiera haber sucedido. Josefina les vuelve obstinadamente la espalda, mirando por la ventana. No dice una palabra. Pero piensa muchas cosas.

Se muestran groseras y desagradables con ella. Pero si supieran qué cerca ha estado de que se la llevara Dios Padre... ¿Qué dirían si lo supieran? ¡Entonces lo lamentarían! Por desgracia, no se atreve a decírselo porque así sabrían que ha estado en el

Arroyo del Ángel. Tal como están las cosas, es mejor que crean que se puso empapada de agua con la manguera del cementerio de la iglesia.

Pero en realidad le importa un comino lo que piensen, porque, de cualquier manera, mañana será un día divertido. Porque irá a la ciudad...

EL AUTOBÚS se detiene en la plaza del mercado de la ciudad. Está llena de gente que se mueve de un lado para otro. Ondeán banderas por todas partes. El cielo es azul y las banderas resplandecen, recortándose contra ese

cielo. Por allá arriba cruzan unas nubes blancas y algodonosas. Hay viento, pero en las calles brilla el sol y hace una buena temperatura.

Aparece un muchacho que vende banderitas de papel. Agneta le compra dos.

—¿Sabes para qué son? —pregunta.

No, Josefina no lo sabe.

—Son para vitorear al Rey —dice Agneta al tiempo que entrega una a Josefina—. Llega hoy a la ciudad.

Bueno. ¡Qué sorpresa! ¡Por eso hay tanta gente en la calle!

Primero a Josefina le cortan el pelo. Eso no lleva mucho tiempo y después

recobra aproximadamente el aspecto que siempre tuvo, excepto que ahora tiene el pelo más corto. Luego van de compras. Hoy Agneta no está irritada con Josefina. Han quedado olvidadas todas las desagradables cosas de ayer. Esto es lo mejor de Agneta y de todos los de casa. Se enfadan de repente, pero luego se les olvida con idéntica rapidez.

Hoy Agneta habla y ríe durante todo el tiempo.

Toman un vaso de leche y se comen un bocadillo en el pequeño restaurante del parque. Chovas y gorriones saltan en la hierba picoteando las migajas que han caído de las mesas. Entre los árboles

corren ardillas que casi comen en la mano de Josefina. Pasan un rato maravilloso.

El pelo rizado de Agneta brilla al sol. Es espeso y bonito. ¡Qué bella es Agneta!

A Josefina le gustaría decírselo, pero cosas así son difíciles de decir. En vez de eso le tiende súbitamente la mano sobre la mesa para acariciarle el pelo. Al hacer ese gesto vuelca el vaso de leche, que se vierte sobre las dos. Agneta grita. El sol se oculta tras una nube. Y por un momento parece que el día va a echarse a perder.

Pero en aquel instante aparece Eric

junto a su mesa. Y el sol vuelve a salir de la nube.

—Ha sido sólo un poco de leche — dice Agneta riendo—. Pronto se secará al sol.

Eric ha traído un globo. Es grande y tiene pintado un enorme loro azul.

—Es para ti —dije a Josefina—; así no te perderemos entre la gente cuando venga el Rey.

Lo sujeta a un botón del chaleco de Josefina. Flota sobre su cabeza como una nube encantadora. ¡Si pudieran verla ahora los chicos de la aldea!

El Rey va a pronunciar un discurso en el Parque del Castillo. Todo el mundo

se dirige hacia allá con flores y banderitas en las manos. Aquí y allá se bambolea un globo. Pero nadie tiene uno con un loro como el de Josefina.

Allá abajo, sobre el estanque de los patos, se escapa por el aire un globo rojo y un niño pequeño empieza a chillar con fuerza. Josefina le da una vuelta más al hilo del globo alrededor del botón.

Cada vez llega más gente. Se empujan unos a otros, ríen y hablan. Luego se hace el silencio.

Ya llega el Rey.

Pero antes viene una banda de música y se queda allí, tocando a pleno pulmón ante el Rey. Eric alza a Josefina

y durante un breve momento ella distingue el sombrero del Rey, pero eso es todo. Seguramente debe de haberse quitado el sombrero porque después Josefina ya no ve más. Eric la baja. Todo el mundo aplaude y agita banderitas. Resuena la música. El Rey va a hablar, pero antes que él hablan bastantes hombres viejos como él.

Al cabo de un rato, Josefina advierte que Eric y Agneta ya no están a su lado. Los busca durante un rato, pero pronto se cansa. Allí hay demasiadas personas. Se dirige hacia el castillo mientras su globo oscila sobre su cabeza. Llega ante las grandes puertas y entra en el patio.

No se ve un alma.

Ahora puede oír al Rey que está hablando allá abajo en el parque. Pero ni aun así consigue verle. ¡Qué divertido es andar sola por allí! ¡Y qué interesante! En este sitio ya no vive nadie. Está lleno de agujeros. Sólo una de las torres parece completa: allí sí que podría vivir ella. Mira en torno de sí.

Entonces distingue a dos muchachos que trepan por la muralla del castillo. Están terriblemente altos y la saludan con la mano.

—¿Quieres subir? —le grita uno de ellos—. Lo verás todo mejor desde aquí.

—¡Pero si es una cría! ¿No te das cuenta de que no se atrevería? —dice el otro.

Pero se atreve. ¡Ya verán!

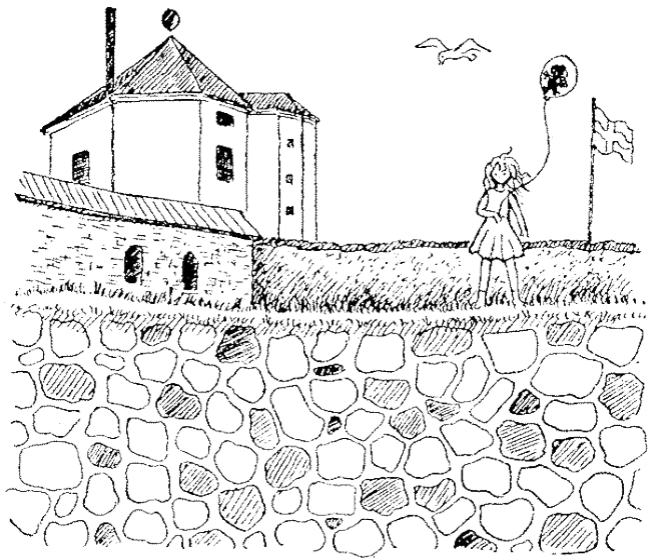
Corre hacia el muro y comienza a trepar por las grandes piedras que sobresalen. El más amable de los chicos baja y le tiende una mano para ayudarla. Después de un momento difícil consigue ponerse en pie sobre el parapeto.

Por allá arriba corre un pequeño sendero, más bien estrecho, cubierto de hierba. Se siente un poco mareada. Cuando mira hacia abajo desde tan vertiginosa altura, experimenta una curiosa sensación en el estómago. Los

chicos corren uno tras otro, persiguiéndose por el parapeto. No parecen asustados en manera alguna.

Pero se han olvidado completamente de ella y al instante desaparecen. ¡Allí se queda Josefina! Completamente sola en lo alto de la muralla y sin saber bajar. Creía que los chicos la ayudarían.

Puede oír los aplausos de allá abajo, en el parque. El Rey ha dejado de hablar. La música se reanuda. La gente se pone otra vez en marcha. Suben hacia el castillo, agitando sus banderitas. Josefina se sienta en la muralla y aguarda. ¿Qué es lo que puede hacer?



¡Si al menos pudiera distinguir a Eric y a Agneta entre tanta gente! ¡Eric podría ayudarla!

Pero ¿cómo va a saber que está sentada aquí? ¿Cómo podrá ella

conseguir que mire hacia acá?

¡Sí, ahora lo sabe!

Rápida como el rayo, se quita los zapatos, suelta el globo del botón de su chaleco, ata los zapatos al hilo y corre por el parapeto hasta la puerta del patio. En el mismo momento en que el coche del Rey penetra en el patio, Josefina suelta el globo. Desciende lentamente hasta el suelo. Y cuando el Rey sale de su coche, aterrizan frente a él los dos zapatos rojos colgados del globo.

Un hombre se precipita para retirar el globo, pero el Rey llega primero. Sorprendido, se apodera del globo y observa los zapatos. Apresuradamente

se reúnen en torno de él varios hombres que parecen altos funcionarios.

Ahora los alrededores del castillo son un hervidero de gente y de repente de allí brota un murmullo. Han visto a Josefina y la observan, aterrados.

Ahora también la ve el Rey. Josefina le hace una reverencia y agita su banderita. Después de todo, nadie los ha presentado. El Rey la saluda con la mano, y los hombres que le rodean parecen nerviosos y también enfadados.

—¡Quédate quieta en donde estás y nosotros te bajaremos! —grita el Rey.

Inmediatamente da órdenes a uno de los nerviosos caballeros, que,

resoplando y jadeando, empieza a escalar la muralla. Tiene la cara enrojecida y parece asustado, aunque emplea una escalera de mano que alguien ha traído a toda prisa del castillo.

Se apodera de Josefina mientras masculla entre dientes: «¡Bribona!». Y luego, en silencio y furioso, desciende con ella sujeta bajo el brazo.

Todo sucede en un abrir y cerrar de ojos. De repente se halla frente al Rey, que le devuelve sus zapatos y su globo.

—Estos zapatos deben de ser tuyos —dice, sonriendo.

—Sí —murmura Josefina.

—¿Cómo te llamas? —pregunta el Rey.

—Josefina.

—Es un nombre muy bonito. ¿Y cuál es tu apellido?

—Joandersson.

—Josefina Joandersson —dice el Rey—, tienes un globo maravilloso. Me parece que es el globo más bonito que he visto en mi vida.

Entonces Josefina desata sus zapatos del hilo del globo y se lo entrega al Rey.

—Es suyo, majestad —dice con voz solemne—. Gracias por ayudarme.

Pero él no quiere que se quede sin el globo.

—¡Oh, sí! —dice Josefina.

Parece complacido y le da las gracias; luego prosigue su visita a las ruinas, llevando consigo su globo y seguido por todos aquellos nerviosos caballeros.

Josefina cruza corriendo la puerta del patio. Al cabo de un rato se encuentra con Eric y Agneta.

—Qué suerte que te encontráramos —dice Agneta—. Estábamos empezando a preocuparnos. ¿Dónde has estado todo este tiempo?

Josefina replica evasivamente. Pero cuando Eric las lleva a casa en su coche, pregunta de repente:

—¿Qué has hecho con tu globo, Josefina?

—Se lo di al Rey —replica la niña.

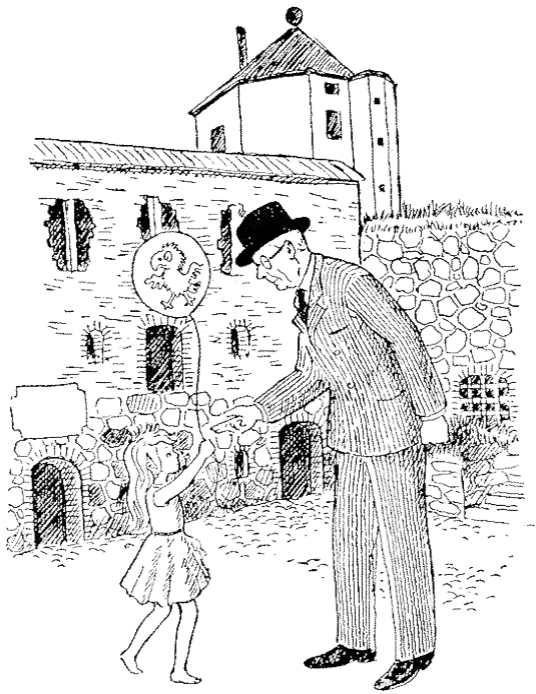
—¡Qué embustera! —comenta riendo Agneta.

Y así concluye todo el asunto.

Pero cuando mamá abre el periódico al día siguiente, lanza un grito de sorpresa. Todo el mundo la rodea.

En la primera página hay una foto del Rey. Sujeta un globo grande en el que hay pintado un loro y enfrente se encuentra una niña que se parece sospechosamente a Josefina. Bajo la foto aparece escrito: «Josefina Joandersson ofrece un globo a Su

Majestad».



A todo el mundo le parece

completamente extraordinario ese asunto. Mandy junta sus manos y dice una y otra vez:

—¡Jamás lo hubiera imaginado!
¡Josefina y el propio Rey!

Pero a Josefina no se le antoja tan extraño. Un día conoce a Dios Padre; ¿por qué no ha de conocer al Rey al día siguiente?

*En Aronthorp florece una
rosa,
falalderol, falalderol.
Y yo seguí mi camino,
falalderol.
Desde las rosas que florecen
en la costa. ¡Oh!*

Josefina acaba de despertarse. Su ventana está abierta de par en par. Los visillos se mueven ligeramente; el sol brilla en lo alto y los pájaros gorjean.

*Soy un marinero, falalderol,
falalderol, falalderol.*

*Soy un viejo marinero, sí
que lo soy.*

Y el mar es mi patria. ¡Oh!

Se sienta en la cama, escuchando sorprendida. ¿Quién puede ser? Jamás ha oído antes a un viejo cantar en su jardín. Y ahora también silba esa alegre cancioncilla. Tendrá que levantarse y echar una mirada. Pero apenas llega a la ventana se echa atrás aterrada y se oculta tras los visillos.

¡Es Dios Padre! ¡Y se encuentra allí bajo su ventana, cavando en los rosales!

Pero ¿qué está haciendo aquí? ¿No puede quedarse en el cielo? ¡Y ahora canta de nuevo! ¡*Falalderol!* ¿Qué dirá papá-padre?

Josefina parece enfadarse en honor de papá-padre. Cada domingo sube al púlpito y dice cosas tan agradables sobre Dios Padre...; ¿y qué hace ahora Dios Padre? ¡Pues cantar en su jardín canciones de marinero! ¿Es ésta la manera adecuada de comportarse? En todo caso, podría cantar himnos. Si la gente supiera cómo se comporta, dejaría de ir a la iglesia. ¿Qué es lo que está cantando ahora?

*Me he pasado la vida
tragando sal,*

falalderol, falalderol.

*Me he pasado la vida
tragando sal.*

*por eso siento ahora tanta
sed. ¡Oh!*

Josefina no había oído nunca algo semejante. Claro que sentiría sed si había tragado sal. ¿Le dolería tal vez la garganta? En cualquier caso, parecía estar un poco ronco. Por lo general, a ella le obligaban a hacer gárgaras con agua y sal cuando le dolía la garganta. Sabía horrible. Pero nunca se tragaba la

sal.

Sí, Josefina se siente muy decepcionada con Dios Padre; y también asustada. ¿Por qué tiene que estar rondando por allí, precisamente bajo su ventana? ¿Y qué está haciendo con los rosales? Enderezándolos. ¡Pero ésa es tarea del jardinero!

Y entonces, de repente, lo entiende.

¡El nuevo jardinero! Todavía no le conoce. Se llama Anton Godmarsson. La primera vez que oyó su nombre le pareció que tenía algo de misterioso y así se lo comunicó a mamá.

¿Y fue por eso por lo que se asustó tanto la abuelita Lyra cuando oyó que

Anton Godmarsson iba a trabajar en su casa? ¡Claro, porque ella sabía realmente de quién se trataba!

Y ahora Josefina lo sabe también.

Piensa en todas las cosas que papá-padre le ha dicho acerca de Dios Padre. Cómo hizo el Cielo y la Tierra y se complació en lo que había hecho. Luego creó los animales y las personas para que vivieran en la tierra y cuidaran de ella. Después, en ocasiones, tuvo que bajar para ver cómo andaba el mundo. Para ello se disfrazaba y se aparecía sólo a algunas personas. A menudo se vestía como un jardinero...

¡Un jardinero!

¡Y Anton Godmarsson tenía precisamente el apellido adecuado!

Sí, Josefina lo entiende inmediatamente, pero entonces, ¿por qué no le ha reconocido papá-padre? Al fin y al cabo, él ha visto muchas más imágenes de Dios Padre que la propia Josefina. Y ella le reconoció en el acto.

Tal vez no quiere que papá-padre le reconozca. Así es como hace a veces. Sólo permite que algunas personas sepan que es Él, aquellas de quienes desea algo, y nadie más.

¡En otras palabras, sólo Josefina! Es a ella a quien busca. ¡Qué terrible secreto! Pero tal vez, a fin de cuentas, no

sea Dios Padre. ¿Estará equivocada?
¡Ojalá fuera así!

Recuerda que el libro que le regaló papá-padre tenía un grabado de Él. Ahora se dirige hacia la estantería y toma el libro, pasa sus páginas... ¡Ahí está la estampa! Silenciosamente se asoma de nuevo a la ventana y lo compara con el libro.



Sin duda es Él. Es su propia imagen. El pelo, la barba, los ojos, la nariz: todo. En realidad tiene unas cuantas arrugas más, pero quizá no le pusieron tantas en el grabado para que tuviera mejor aspecto o tal vez le han salido

más desde entonces.

Pero claro que es Él; no hay duda al respecto.

Justo entonces Él repara en ella; y por un momento los dos se observan. Entonces Josefina dice con gravedad:

—Así que eres Tú, ¿verdad? Tú aquí de nuevo.

Él replica:

—Caramba, si es mi pequeño ángel del Arroyo del Ángel. Me estaba preguntando adonde se habría ido.

Josefina no contesta. Él sigue hablando:

—Mandy, la de la cocina, acaba de decirme que preguntaste por mí y he

estado buscándote. Pero ayer estuviste en la ciudad, visitando al Rey. Te vi en el periódico.

—El Rey es bueno —dice Josefina—, amable y cordial.

Y mirándole a los ojos, añade:

—No convierte a los niños en ángeles.

Dios Padre ríe, pero Josefina continúa observándole.

—Yo soy mala y pecadora, y no voy a mejorar —dice, recalcando cada palabra.

Pero él se limita a mesar su barba y a guiñarle un ojo.

—No hay nada malo en ti, pequeña.

Sólo son imaginaciones tuyas.

Josefina no sabe qué decir. ¡No lo cree!

Ahora él coloca su gran mano sobre sus ojos y mira hacia el cielo. Allá arriba, el color azul es como el de su camisa. Un par de nubecillas cruzan sobre su cabeza, tan blancas y algodonosas como su pelo y su barba.

—Hoy tampoco lloverá —dice—, y bien que lo necesitamos. Pero aún no tendremos agua.

—¿Es eso lo que has decidido? —pregunta Josefina.

—El hombre propone y Dios dispone —comenta él.

Un estremecimiento recorre el cuerpo de la pobre Josefina. Silenciosa, con los ojos bien abiertos, se limita a mirarle. Por su postura, cualquiera puede advertir qué seguro se siente de sí mismo. Él dispone, dice. Quiere dar a entender que también puede disponer de Josefina.

Abandona a toda prisa la ventana, pero inmediatamente vuelve al mismo lugar.

—Voy a comer otra vez del árbol prohibido —afirma amenazadora—. ¡Hasta la última cereza! ¡Ya verás!

LA abuelita Lyra está cocinando cuando Josefina va a verla. Su cocina es cálida y tiene un aroma estupendo. Hay platos de buñuelos y bizcochos dispersos por toda la habitación.

La abuelita Lyra, con la cara enharinada, se mueve a toda velocidad de un lugar a otro. Normalmente pálida, parece fantasmal en la oscura y cálida cocina. Pero se alegra de ver a Josefina y sus ojos brillan como carbones

encendidos cuando la niña le entrega las flores que ha recogido en el camino.

—Has tenido verdaderamente suerte, señorita, llegando justo cuando la abuelita Lyra está cocinando —dice—. Y además ayer fui a la ciudad. La abuelita siempre cumple su palabra. Sí, ya verás.

Como de costumbre, no deja de hablar mientras pone las flores en agua.

—Qué bonitas son...; gracias, pequeña. Tienes buen corazón.

Pero «bueno» es una palabra que Josefina ha oído demasiado. Le infunde miedo.

—¡No! —dice con énfasis—. ¡Soy

mala!

Los ojos relucientes de la anciana brillan ahora con curiosidad.



—¿Qué te sucede? ¿Han vuelto a portarse mal contigo? Díselo todo a la

abuelita Lyra.

Josefina no replica; se limita a tomar un bizcocho de la bandeja del horno para mostrar lo mala que es.

—Bien, lo entiendo —dice la abuelita Lyra—. No quieres decírmelo o quizá ni siquiera deseas pensar en ello. Enseguida prepararé una limonada y unos buñuelos recientes y entonces veremos lo que compré en la ciudad. ¡Algo muy especial!

Josefina irradia alegría. Imagina lo que va a ser. Pero aún se sentiría mucho más contenta si nunca hubiera sucedido todo ese asunto del nuevo jardinero. Va de un lugar a otro de la cocina mientras

la abuelita Lyra prepara un poco de café y sirve los buñuelos.

—Bueno, no es fácil ser pequeña, no, no lo es —dice la abuelita Lyra mientras suspira y menea la cabeza—. Pobrecita mía, no te resulta fácil, lo sé. Pero ahora vamos a celebrar una pequeña fiestecita. En el cenador, como de costumbre, ¿eh?

Josefina piensa que la abuelita Lyra es probablemente la única persona que sabe quién es Anton Godmarsson. Le gustaría preguntárselo, pero no sabe cómo empezar. De súbito, la abuelita dice:

—Así que tenéis a ese Godmarsson

en la vicaría.

Josefina le espeta a toda prisa:

—¿Verdad que no es un auténtico jardinero?

—No más que mis zapatos viejos — replica la abuelita Lyra.

Tras sacar la última bandeja del horno, cierra de un golpe la puerta de éste.

Pero Josefina considera que necesita una respuesta más concreta.

—¿Qué es, entonces? —pregunta.

La abuelita Lyra succiona su diente y dice:

—¿No puedes ver más allá de tus narices? ¡Jamás en mi vida habría

imaginado que consiguiera meterse en la vicaría!

Eso es suficiente y más que suficiente. Josefina no necesita saber más. En cierto modo es un alivio que sus sospechas se hayan confirmado. Entrelaza sus manos y dice con resolución:

—¡Pues a mí no me engañará!

Entonces salen al jardín y se dirigen al pequeño cenador. Llevan el café, la limonada y todas las golosinas. Finalmente, la abuelita Lyra trae un gran paquete y lo coloca en el banco. Pero primero han de comer.

Como de costumbre, Josefina ataca y

la abuelita Lyra, al tiempo que despacha su parte, dice lo que le apena que maten a la niña de hambre. Pero hoy a Josefina no le parece tan trágico su propio destino; sus pensamientos se concentran enteramente en lo que hay en el paquete.

Varias veces lo coge para abrirlo, pero en cada ocasión le parece que ha de esperar un minuto más, tomar un buñuelo más, otro bizcocho... Al fin ya no puede tragar ni una miga más. Recoge el paquete y se sienta, sosteniéndolo un rato en sus rodillas.

Los pájaros gorjean en el aire, los abejorros zumban en el cenador y la abuelita Lyra se succiona el diente.



Cuando la niña da la vuelta al paquete, del interior de éste sale un tenue «a... aaa». Lo vuelve otra vez: «a... a, aaa... aaa».

Entonces lo abre.

—Me costó treinta coronas y ochenta céntimos —dice la abuelita Lyra justo cuando aparece la cabeza de la muñeca entre papel de seda.

Josefina se queda pasmada.

La muñeca puede cerrar los ojos.

Tiene un agujero en la boca y puede comer.

Puede ir al lavabo.

Y puede andar. Cuando adelanta su pierna derecha mira hacia la derecha y

cuando adelanta su pierna izquierda mira hacia la izquierda. Tiene el pelo rubio, casi blanco, peinado en largos tirabuzones, y su cara está pintada de brillantes colores.

—¿Verdad que es encantadora? — pregunta la abuelita Lyra.

Sí, es encantadora. Josefina le da las gracias a la abuelita Lyra. La muñeca avanza un paso y la mira.

—Creo que debería llamarse Ranúnculo — sugiere la abuelita Lyra.

—Sí — murmura Josefina.

Luego, Josefina le da un poco de limonada. Inmediatamente aparecen mojadas las braguitas de Ranúnculo.

Pero el pedacito de bizcocho que también le ha dado se queda dentro. Josefina la atraca de comida.

Precisamente entonces llega a casa Justus. Su hermana, la abuelita Lyra, le sirve la cena en la cocina. Josefina se queda en el jardín en compañía de Ranúnculo.



Se sienta en la hierba e, inmóvil, la observa. ¡Qué vestido! Gasa con

volantes, encajes, cintas doradas y lazos de color rosa.

Ranúnculo es la muñeca más perfecta que ha visto en su vida. Puede hacerlo todo.

Y Josefina es la niña más ingrata que hay. Porque no le gusta Ranúnculo.

—**P**ERO ¿qué es lo que le ocurre a Josefina?

—¡No es ella misma!

—¿No estará enferma?

Tan pronto como se menciona a Josefina, todo el mundo empieza a hacer preguntas. Todo el mundo está preocupado por ella. Pero Mandy cree conocer la causa del problema. Segura de lo que dice, afirma:

—La culpa de todo la tienen sus

visitas a esa arpía del bosque, indudablemente. ¡Sabe Dios las ideas que le habrá metido en la cabeza!

—Pero, Mandy... —dice mamá.

Y Mandy frunce los labios y adopta el aire de quien sabe lo que está diciendo. Insiste en llamar a la abuelita Lyra «la arpía del bosque».

—¿Qué? ¿Otra vez en busca de la vieja arpía? —pregunta a Josefina cuando ésta se marcha.

Josefina no se enfada con Mandy porque desde que tiene a Ranúnculo sabe —aunque no pueda explicarlo— que es posible que te desagrade algo que es completamente perfecto. A su manera,

la abuelita Lyra es perfecta, pero a Mandy no le agrada. Y eso es todo. Josefina comprende a Mandy. Experimenta incluso una especie de secreta satisfacción entre los exabruptos de Mandy. Asegura a Mandy que la abuelita Lyra es la persona más amable del mundo, pero no se ofende cuando Mandy refunfuña y le lleva la contraria. Mandy tiene perfecto derecho a pensar lo que quiera.

Aun así, Mandy no ha llegado al fondo del misterio. Si hubiera sido así no se sentaría con Anton Godmarsson en la cocina todos los días ni le dejaría que llamara a Josefina «angelito».

Eso trastorna a Josefina más que cualquier otra cosa. No tiene a nadie a quien pueda confiar su terrible secreto. Nadie comprende quién es realmente Anton Godmarsson. Claro que no lo comprenden. Él no se comporta con Josefina igual que con los demás.

Por tanto resulta inútil hablar con nadie. Josefina debe luchar ella sola, como le sucedió en el arroyo. Nada parece tener éxito. Han transcurrido ya cuatro días y ella lo ha intentado todo. Y allí sigue.

Ha dejado de rezar sus oraciones por la noche.

No participa en la acción de gracias

en la mesa.

Se come la fruta del cerezo prohibido.

¡No hace nada que esté bien!

Le ha llenado su sombrero con pelusa de dientes de león.

Ha metido cardos en sus botas.

¡Y Anton Godmarsson se ríe!

Josefina está absolutamente agotada.

No hay nada tan cansado como ser mala todo el tiempo. Hasta las cerezas prohibidas han dejado de saberle bien; simplemente le dan náuseas.

No es extraño que corra a ver a la abuelita Lyra siempre que puede. En casa de la abuelita se halla a salvo de

Anton Godmarsson porque él nunca aparece por allí.



Y en casa de la abuelita Lyra siempre le están aguardando bizcochos, buñuelos y dulces. Y Ranúnculo. Josefina se harta de golosinas con las que también alimenta a Ranúnculo. Y, sin embargo, ni siquiera allí se siente feliz.

Lo peor de todo es que ha sido mala con Ranúnculo, que es la muñeca más perfecta que haya existido nunca. Peor aún, tampoco es cariñosa con la abuelita Lyra, que es la abuela más perfecta del mundo.

¿Qué le ha sucedido?

Es difícil portarse mal con Anton Godmarsson. Pero portarse mal con la

abuelita Lyra es tan fácil como tropezar y caerse. ¡Qué extraño resulta todo!

Cuando la abuelita Lyra le da caramelos de frambuesa, tuerce el gesto y dice que hubiera preferido que fuesen variados. Luego, con una expresión de disgusto en la cara, se zampa toda la bolsa. ¡Así de mala se ha vuelto!

La abuelita Lyra hace prendas de punto para Ranúnculo. Josefina acucia y le ordena que haga más y más prendas; pero cuando ya están terminadas, no les presta ninguna atención. Sí, ¡así de mala se ha vuelto!

La abuelita Lyra sigue sentando a Josefina en sus rodillas y apenándose

por ella. Eso le pone a Josefina del peor humor posible. Imagina nuevas cosas de qué lamentarse, cosas que quizá podrían ser ciertas, pero que no lo son.

No, Josefina ya no es la que era.

El sol brilla de la mañana a la tarde, día tras día. Cada tarde, Anton Godmarsson mira al cielo y dice:

—Tampoco lloverá mañana...

Y al día siguiente el sol sigue brillando.

La hierba pierde su verdor, las flores se marchitan...

AL día siguiente, cuando Josefina regresa a su casa después de haber visitado a la abuelita Lyra, descubre que ha olvidado su monito y vuelve en ese momento para recuperarlo. El monito no está en el cenador ni en el jardín; se encuentra tirado en el suelo de la galería. Y a su lado está sentada Ranúnculo, recostada hacia atrás, con los ojos medio cerrados y la boca abierta.

Josefina la observa con una sensación de disgusto.

Ranúnculo pesa mucho más. Es por toda la comida que ha estado metiéndole Josefina. Parece incapaz de soportar tanto. Pero tiene la boca abierta porque quiere más comida. Claro que no es culpa suya, pero eso no está muy bien. Y, además, ahora Ranúnculo empieza a tener mal aliento.

Josefina le hurga en la tripa para que de una sacudida se ponga erguida y agite sus párpados de una manera vertiginosa.

—¡No seas tan tonta! —murmura Josefina.

Recoge su monito y, cuando está a

punto de marcharse, oye la voz de la abuelita Lyra que está dentro de la casa. No ha visto a Josefina. Se halla sentada, charlando por teléfono.

A Josefina no le habría interesado la conversación de no haber oído mencionar el nombre de Anton Godmarsson. Se para en seco cuando oye:

—Claro. Allá está, cavando y cantando sus estúpidas canciones. Borracho, no me extrañaría. Sí, a Josefina la asusta tanto que tiene los nervios destrozados. Parece mentira que a un pastor se le haya ocurrido meterle en su casa.

Está muy mal eso de escuchar las conversaciones de otras personas por teléfono. Pero Josefina no se mueve de allí, pálida como la pared, completamente paralizada. La abuelita Lyra continúa hablando:

—Oh, sí, querida, tendrá que haber un cambio allí, más pronto o más tarde. Y es una verdadera vergüenza lo de la niña. Se portan muy mal con ella. Le pegan hasta ponerla morada y además la matan de hambre. Cada vez que viene aquí se presenta medio muerta de debilidad y tan flaca como un alfiler. ¡Y tan mal vestida! Ella dice que su madre no puede coger una aguja y que por eso

nunca acude al círculo de costura. Ya sabes lo que pasó con la mantelería para la tómbola. Josefina piensa que tampoco estará terminada para el otoño.

A Josefina se le pone la cara roja y después palidece. Esas transformaciones se repiten varias veces. Pero ¿quién ha podido contarle tales cosas? ¿Quién le dijo que no estaría terminada la mantelería? Con seguridad, la propia Josefina no ha...

—Sí, sí, menudas cosas pasan en la vicaría —prosigue la abuelita Lyra—. El propio vicario, siempre en la luna, apenas sabe siquiera cómo se llama.

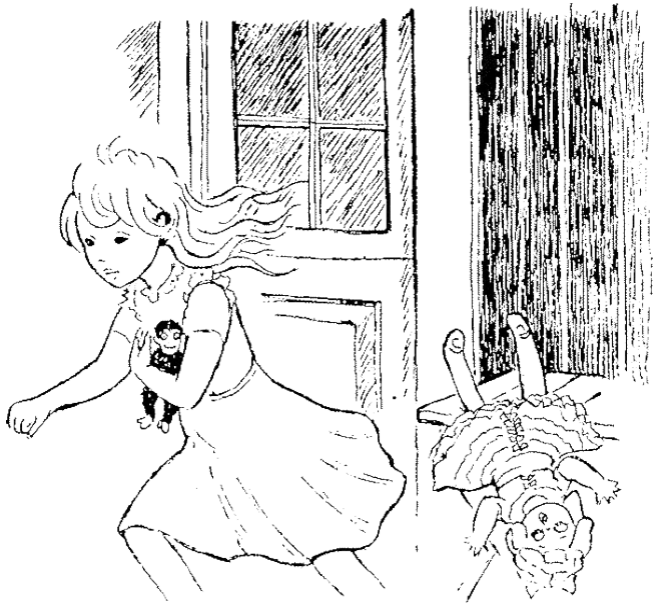
¿Cómo puede decir semejante cosa

de papá-padre? ¿Cómo se atreve? Ahora vuelve a hablar de Josefina:

—Sí, y la niña tiene un genio de mil diablos; no te imaginas el carácter que tiene. Pero no es su culpa; después de todo no ha sido educada como se debe. Jamás se ocupan de ella. Viene, se sienta en mis rodillas y me dice que la abuelita Lyra es todo lo que tiene en el mundo. Sí, una desgracia... Claro, es cierto todo lo que te cuento. La propia Josefina me lo ha contado todo.

Josefina no es capaz de escuchar una palabra más. Le zumba la cabeza y echa a correr tan aprisa que Ranúnculo cae de su silla con un breve «aa... aa».

Apretando con fuerza contra su pecho al monito, corre sin volver la vista atrás ni una sola vez.



De repente se da cuenta de que ahora

huye de la abuelita Lyra de la misma manera que huyó cuando se llevó los gatitos y pensaba que había caído en las garras de una bruja. Eso fue antes de que llegara a conocer a la abuelita. Ahora ya la conoce. ¿Verdaderamente la conoce? Pero, indudablemente, no podría haber elegido por abuelita a una bruja. Aquella vez llovía, eso pasó hace mucho tiempo. Desde entonces no ha caído una sola gota. El sol quema y hace un calor insoportable. Todo está seco y sediento. Las palabras de la abuelita Lyra zumban en la cabeza de Josefina.

¿Quién ha dicho que le pegaban en casa? Porque nunca le han pegado.

¿Quién ha dicho que nunca le daban comida? ¿Quién lo ha dicho...? Desde luego, ella no puede haber contado eso. ¿Dijo que la abuelita Lyra es todo lo que tiene en el mundo? ¿O es que la abuelita Lyra ha estado inventándose cosas?

Pero ¿y Josefina? ¿Acaso ella no se ha inventado muchas cosas? Se siente presa de un indescriptible terror. Y, de repente, lo comprende. ¡Sí, ella ha sido quien ha contado todas esas historias! Todo es culpa suya. Le dijo a la abuelita Lyra muchas cosas de los de su casa. En realidad, nunca pretendió decirlo; pensaba que la abuelita Lyra se olvidaría de todo como ella misma lo

había olvidado. Y creyó que la abuelita Lyra entendería que no todo era completamente cierto, al pie de la letra. Aunque podría haberlo sido si..., bueno, si se hubieran portado mal con ella en casa, pero, desde luego, nunca se portaron mal...

Sí, Josefina se ha inventado todo. Lo hizo cuando estaba enfurruñada, cuando se había enfadado con los de casa. Y fue para que la abuelita Lyra sintiera pena por ella y le diera bizcochos y dulces. Ésa es la amarga verdad. La abuelita Lyra siempre la escuchaba; era como si deseara sentir pena por Josefina. A veces resultaba maravilloso, pero otras

Josefina no tenía ganas de contarle historias. Aun así, la abuelita Lyra siempre encontraba un modo de que hablara.

¡Oh, qué embrollo! Todo le da vueltas y más vueltas en la cabeza. Antes, la carretera que lleva a casa de la abuelita Lyra la parecía atrayente, pero ahora es aterradora. Se estremece aunque hace calor. La hierba chasca muerta bajo sus pies, y las hojas están tan secas que crujen al menor soplo de aire. También se están secando las frambuesas maduras; entre la maleza zumba un enjambre de avispas y todas las flores se han ajado. La naturaleza se

muere de sed. Josefina no había pensado en eso antes, pero ahora ve lo reseco que está todo.

Luego recuerda un paseo que dio con papá-padre la pasada primavera. Había llovido; se fijaron en las gotas de agua, y papá-padre le habló de ellas. Dijo que la Tierra era el Cielo de las gotas de lluvia, y que debíamos lograr que todo fuera aquí tan amable y bello para ellas como nos fuera posible.

Súbitamente, Josefina entiende por qué no ha llovido nada y por qué Anton Godmarsson puede mirar al cielo todas las tardes y decir: «¡Tampoco lloverá mañana!».

Es todo culpa suya. ¡Ha hecho tan desagradable y mala a la tierra que ya no quieren bajar las gotas de lluvia! Pobres gotas de lluvia, pobres florecillas.

Ahora lo comprende todo. Pero ¿qué puede hacer?

Si es buena, ¡Dios Padre se la llevará! Por eso ha tenido que ser mala. Pero si sigue siendo mala, ¡jamás lloverá!

¡En qué terrible embrollo se ha metido! Y todo por ser desobediente y comer del cerezo prohibido e ir al peligroso Arroyo del Ángel.

AQUELLA noche, Josefina tiene una pesadilla.

Sueña que es un animal muy pequeño, no mayor que un ratón de campo. Tal vez se trate realmente de un ratón de campo, no está segura. Tiene la piel suave, como el plumón de los ángeles, dice papá-padre.

Alguien la ha encerrado en una vieja caja de zapatos y ella da vueltas, completamente satisfecha de su

existencia. Aquí no puede sobrevenirle ningún mal. Se siente completamente segura hasta que oye una voz desconocida quejándose de que a Josefina no le dan comida.

Están matándola de hambre, dice la VOZ.

¿De verdad? Josefina no lo sabía; pero ahora, de repente, advierte que se siente hambrienta. Le duele la tripa y está tan débil que tiene que echarse. Entonces viene alguien —¡Caramba, pero si es Ranúnculo!— con una bolsa de caramelos variados y los vierte todos en la caja de zapatos. ¡Qué grande se ha puesto Ranúnculo! ¡Con qué gran

rapidez ha crecido!

Los caramelos ruedan por toda la caja de cartón difundiendo un aroma encantador. Son más grandes que la pequeña criatura en la que se ha convertido Josefina. Pero eso no importa: puede tragárselos casi enteros. Se los zampa uno tras otro hasta que desaparecen todos. Sin embargo, no se siente muy llena; sólo nota que tiene mucha sed. Pero sabe que no es bueno pensar en el agua, porque ya ha dejado de llover.

Entonces oye de nuevo la voz desconocida. Dice que nadie puede comer caramelos variados mucho más

grandes que ella sin reventar.

—Pobrecita mía, va a reventar —
dice la voz.

—¡Oh, querida! —dice Ranúnculo,
que se inclina sobre la caja de cartón tan
alta como un gigante y observando a
Josefina con sus párpados medio
cerrados.



Casi con el juicio perdido por el terror, Josefina comienza a dar vueltas y

más vueltas para digerir los caramelos tan rápidamente como pueda. Si pudiera salir de la caja conseguiría más espacio para correr. Luego, quizá podría escapar. Trepa y cae mientras Ranúnculo se inclina cada vez más sobre la caja, observándola con la boca abierta y los ojos fijos.

Por fin consigue llegar al borde.

Pero allí queda atrapada en una enmarañada red gris. La red se cimbreaba y se mece. Entre la maraña viene a toda prisa hacia ella una enorme araña amarilla, mucho más grande que Josefina. Tiene la cara enharinada y le relucen los ojos como carbones

encendidos. La tela de araña tiembla cuando ésta se aproxima, y, en su terror, Josefina se enreda cada vez más.

Quiere chillar, pero no puede.

Entonces se despierta.

Está empapada de sudor y enredada en la sábana. Una luna pálida y dorada brilla en la ventana. La mira. ¿Tiene también la cara enharinada? Hace un momento sudaba, ahora tiritita...

AL DÍA SIGUIENTE, Josefina está enferma. Tiene fiebre y delira. Transcurren varios días antes de que le baje la temperatura. Mamá permanece a

su lado casi todo el tiempo, le cambia el camisón y le aplica compresas frías en la frente, le levanta la cabeza de la almohada y le da algo de beber. Sabe maravillosamente.

Cuando la fiebre desaparece por fin, se siente muy débil. Permanece tranquilamente en la cama, observándolo todo con los ojos bien abiertos.

—¿Te sientes mejor hoy? —pregunta mamá, acercándose con un vaso de zumo de naranja y un plátano—. El médico dice que pronto te pondrás bien si comes un poco.

Pero eso es lo difícil. Mandy le ha preparado su plato favorito, albóndigas

de pescado y patata, pero no puede tragarlas. Le prepara una maravillosa lombarda rellena que figura en segundo lugar en el orden de preferencias de Josefina, pero ni siquiera puede pasar un bocado.

El médico le receta una medicina para que recobre el apetito, pero de nada le sirve. Entonces, el doctor menea la cabeza y dice que no lo entiende, porque ahora no encuentra en la niña nada que vaya mal.

—¿Por qué no quieres comer, pequeña? —le pregunta.

Ella se limita a menear la cabeza y responde:

—No lo sé.

En la mesilla de noche tiene un montón de regalos maravillosos. Un libro muy bonito de fotos que le ha regalado papá-padre. Un cuaderno de dibujo y lápices de mamá. Un osito de Agneta. Un enorme cerdo rosado de Eric. Y muñecas recortables con muchísimos vestidos de Mandy.

Josefina recibe incluso unas tijeras para que empiece a recortar. Pero no tiene ganas de jugar. Se sienta malhumorada y pasa las páginas del libro de fotos o sujeta sobre sus rodillas el cuaderno y los lápices, sin dibujar nada.

Hay un regalo más en la mesilla de noche. Todavía no lo ha abierto, pero no deja de pensar todo el tiempo en él. No sabe si se atreverá a abrirlo. Es de Anton Godmarsson.

—¿No quieres ver lo que te ha regalado Anton? —pregunta Mandy.

—Después —dice Josefina.

—Creo que deberías abrirlo. Anton no deja de preocuparse y de preguntar cómo estás.

—¿Ha llovido mientras he estado enferma, Mandy? —pregunta Josefina.

—¡Oh, no, querida! Está todo seco y se ha echado a perder. Pero tú no tienes por qué preocuparte por eso. Ya verás

cómo todo se arregla al final.

Josefina suspira. Mandy, sencillamente, no sabe lo que dice.

Cuando Josefina se queda sola, permanece durante un rato todo lo quieta que puede. Luego, decidiéndose, toma el regalo de Anton Godmarsson. Está envuelto en un grueso papel de color pardo. Lo abre con manos temblorosas.

Es un juego de marcadores de libros. Josefina los observa horrorizada. ¡Todos los marcadores de libros son ángeles, muchísimos ángeles, gordos, volando, o de pie o sentados en nubes algodonosas!

Cuando papá-padre entra en la habitación al cabo de un rato, se topa

con una escena mitad cómica, mitad triste. Josefina se ha quedado dormida. Aún tiene en la mano unas tijeras y alrededor de ella están los ángeles descabezados. Ha cortado la cabeza de todos los ángeles.

El suelo está cubierto de rizadas cabezas de angelitos.

AL cabo de un rato, Josefina se despierta y ve a papá-padre recogiendo las cabezas de todos los angelitos.

Permanece callada, observándole. ¿Se habrá enfadado con ella? Termina de recoger las cabezas y luego la mira.

—Así que ya te has despertado — dice afectuosamente—. ¿Has dormido bien?

—No —responde Josefina.

—¡Oh! ¿Por qué no?

—No lo sé.

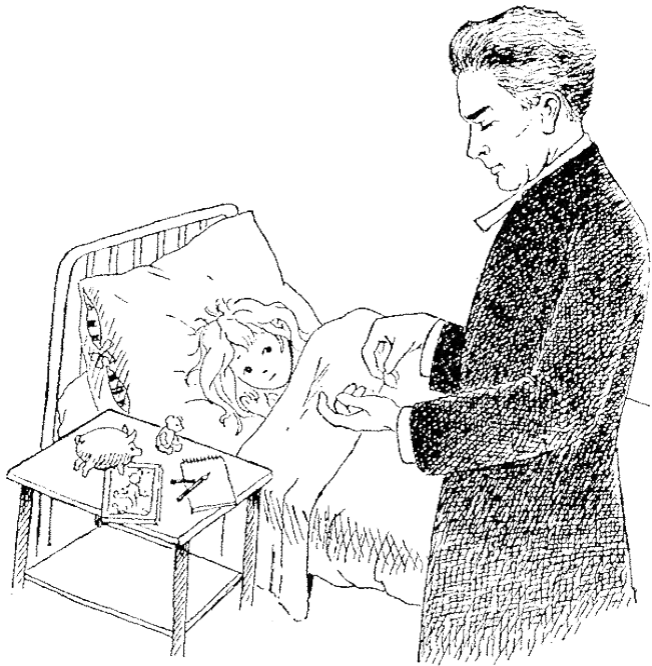
Papá-padre alcanza una silla y se sienta junto a su cama. Josefina se acerca a él y aferra el brazo de la silla para que no se vaya. Entonces, él coloca una mano sobre las de ella.

—¿Qué es lo que sucede, Josefina?
—pregunta—. ¿Por qué has dejado a los ángeles de Anton Godmarsson sin cabeza?

Y sonrío como sólo él sabe hacerlo.

—No lo sé —replica Josefina.

—¡Oh! Sí, sí, estoy seguro de que lo sabes.



Josefina mira obstinadamente el alzacuello de papá-padre. Él le da unos golpecitos en la mano y ella desvía la

mirada hacia la lámpara que hay sobre su cabeza y luego a las flores de la ventana en donde brilla el sol. Por fin vuelve los ojos hacia papá-padre, a los suaves rizos grises de sus sienes.

—¡Mírame, Josefina! —dice.

Entonces, ella clava directamente los ojos en los grandes ojos grises de papá-padre.

—¿De cuánto tiempo dispones, papá-padre?

—Del que tú quieras.

Josefina toma aliento y suelta el brazo de la silla en que está sentado su padre.

—Espera un minuto —dice, y salta

de la cama, corre a la estantería a coger un libro, lo abre y se vuelve a meter en la cama.

Lo ha abierto por una página en la que hay un grabado de Dios Padre.

—¿Ves quién es? —pregunta, mostrando la estampa a papá-padre.

—Claro. Es Dios.

—Mírale bien. ¿No ves quién es?

—Pues Dios, claro.

Es obvio que papá-padre no entiende.

—¿No ves que es Anton Godmarsson?

Entonces, papá-padre sonrío.

—Sí, tienes razón. Realmente se le

parece.

—Yo lo advertí al instante —afirma Josefina con aire grave—. Además, hasta su mismo nombre te lo indica. En el momento en que lo oí, pensé que había algo misterioso en su nombre.

El color ha vuelto a las mejillas de Josefina y su mirada es vivaz.

—Y tampoco es un jardinero —sigue recalcando cada palabra—. Tan jardinero como los zapatos viejos de la abuelita Lyra. ¿Sabes lo que ha pasado?

Papá la mira ya serio y menea su cabeza. Josefina se aferra a su mano y le explica:

—Quien ha venido aquí es Dios

Padre. Tú sabes que le gusta bajar a la tierra y simular que es un jardinero o alguna otra cosa. Y no ha permitido que nadie supiera quién es. Ni siquiera que tú lo reconocieras, papá-padre. Sólo yo, porque quiere convertirme en un ángel. Y por eso me envió los marcadores de libros, para tentarme, pero yo no quiero ser ángel. Yo quiero seguir viviendo aquí.

Papá-padre escucha muy callado mientras Josefina prosigue con su historia. Le cuenta cómo quería ir a nadar y comer del cerezo prohibido para burlar al arroyo, pero cómo fue capturada a pesar de todo; y cómo Dios

Padre apareció y quería convertirla inmediatamente en ángel. Pero que cuando oyó que había comido las cerezas prohibidas, explica Josefina, la dejó ir. Luego cambió de idea y volvió por ella. Y ahora aguarda, tomándose tiempo, a la espera de que sea bastante buena para convertirla en un ángel. Por eso ha tenido que ser mala todo el tiempo. Y por eso ya no bajan a la tierra las gotas de lluvia.

—Querida Josefina —dice papá— padre cuando ella ha concluido—, ¡debes de haber pasado una época terrible!

Josefina asiente en silencio. Él le

acaricia el pelo.

—Pelusa de ángel —murmura.

Pero Josefina se estremece:

—¡No digas eso!

Papá-padre sonrío y dice a Josefina que escuche atentamente. Ella promete hacerlo. Empieza por decir que Anton Godmarsson no es Dios en modo alguno. ¡De ninguna manera!

—¿Acaso no lo sabría yo si lo fuera? —pregunta.

—Quizá no quiere que tú le reconozcas —persiste en decir Josefina.

Luego, papá-padre responde que no es nada seguro que la apariencia de Dios Padre sea la que tiene en las

estampas.

Nadie sabe cuál es su apariencia. Ni siquiera papá-padre.

—¿Cómo pueden hacer entonces estampas de Él? —pregunta Josefina.

—Bueno, la gente desea imaginárselo de alguna manera —dice papá-padre—. Y como nadie puede dejar de querer a un anciano sabio, ésa es la razón de que le den esa apariencia.

—Entonces, ¿Anton Godmarsson no es Dios? —inquire Josefina.

Reflexiona cuidadosamente toda la cuestión..., sí, dice que ahora lo ve como papá-padre. ¿Por qué, sin embargo, dice la abuelita Lyra que

Anton Godmarsson no es un auténtico jardinero?

—Ha sido marinero toda su vida — explica papá-padre—. Sólo en su vejez empezó a trabajar como jardinero, pero es muy bueno en este oficio.

—¡Y por eso canta canciones de marineros! —dice Josefina riendo aliviada—. Me parecía un poco extraño ese Dios Padre... Pero la abuelita Lyra también dijo que era un borracho.

Papá-padre la mira con severidad.

—Todo eso son estúpidos chismes —afirma—. No debes escuchar cosas como ésa.

A Josefina se le pone la cara roja de

vergüenza.

—Yo..., yo no pretendía hacerlo —dice—. Sólo estaba cogiendo mi monito y resultó que ella se había sentado a hablar por teléfono y...

Se interrumpe, tensa, y mira a papá-padre.

—¿Existen realmente brujas?

—¿Por qué preguntas eso? ¿Has conocido a alguna, mi pequeña Josefina?

Entonces Josefina salta directamente de la cama a las rodillas de papá-padre.

—No lo sé —murmura—. Pero si existen realmente, estoy segura que yo lo seré cuando crezca.

—Ahora mismo temías convertirte

en un ángel —observa papá-padre sonriente—. ¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

La nariz de Josefina enrojece aún más y por eso la frota contra el hombro de papá-padre. Entonces le confiesa todo. Le cuenta todo lo sucedido en casa de la abuelita Lyra, desde el principio hasta el fin; todas las cosas desagradables que ella contó de los de casa y que en realidad no sentía. Fue sólo por los dulces y los bizcochos y porque la abuelita Lyra comprendía el arte de compadecer a los niños. Y le habla de Ranúnculo, que es capaz de hacer cualquier cosa y que a ella no le

gusta, y por eso se porta mal con las muñecas. Y también se ha portado mal con la abuelita Lyra, aunque la anciana le haya dado cosas tan bonitas.

—Ya no es mi abuelita —concluye muy seria Josefina—. Mi abuelita no hablaría así de vosotros por teléfono...

Josefina calla, preguntándose qué haría o qué no haría una auténtica abuelita.

Entonces papá-padre dice:

—Y ahora piensas que la abuelita Lyra es una bruja, y que tú lo serás cuando crezcas.

Josefina asiente.

—No creo que sea tan malo como

todo eso —dice tranquilamente papá-padre—. Algunas personas sencillamente no congenian. Se comportan mutuamente mal...

—Pero ella fue amable conmigo —le interrumpe Josefina, sintiéndose culpable—. Me dio muchísimas cosas.

—Es triste decirlo, pero el hacer regalos no prueba que una persona congenie con otra. Es mucho más importante brindarse mutuamente generosidad y cordialidad. Tú siempre me la has dado mágicamente y jamás hemos necesitado regalos, ¿verdad?

Josefina asiente y le da un fuerte abrazo.

—Supongo que nosotros congeniamos —murmura. Luego medita un momento y añade—: Pero ¿es que entonces ya no habrá más regalos?

—¡Oh, sí! —responde papá-padre riendo—. Claro que habrá, pero no más de lo que sea razonable. A largo plazo no resulta divertido conseguir todo lo que uno desea.

—No —dice Josefina—. No lo es.

Entonces su mirada desciende sobre las cabezas de los ángeles que ahora forman un montoncito sobre la mesilla de noche.

Las observa, angustiada. Papá-padre adivina sus pensamientos.

—¿Quieres que traiga cinta adhesiva? —pregunta.

Cuando regresa, ayuda a Josefina a recomponer los ángeles.

No es fácil unir las cabezas con los cuerpos. A papá-padre le resulta especialmente difícil, pero eso no importa; así los ángeles resultan más divertidos.

—Tus ángeles parecen demasiado tontos —dice Josefina riendo entre dientes.

—Ya veo —asiente papá-padre, observándolos con la sensación de lo irremediable—. No tengo maña con los ángeles. Supongo que sencillamente se

burlan de mí.

Josefina pega un poco de cinta adhesiva en el dorso de la cabeza de un ángel y examina su obra.

—Bueno, al fin y al cabo, me tienes a mí. Y yo nunca me burlaré de ti —le dice muy seria.



EN MITAD de la noche, un suave ruido despierta a Josefina.

El dormitorio está muy oscuro y, cuando mira hacia la ventana, no distingue la luna ni las estrellas.

El sonido es familiar; se trata de un sonido que ha estado anhelando. Es la lluvia. Por fin ha llegado la lluvia. Las gotas resuenan contra el cristal de la ventana como notas de música.

Josefina corre hasta la ventana y contempla el jardín.

—Bienvenida —murmura, y se siente tan ligera como una gota de lluvia. Se ha esfumado, ha desaparecido todo el

peso que sentía en su corazón estos últimos días.

Ríe de felicidad y, de un salto, vuelve a la cama. Entonces se duerme mientras la lluvia sigue golpeando los cristales. De nuevo descienden a la tierra las gotas de lluvia. Y Dios ha vuelto al Cielo.

En la tierra todo es ya como debe ser.



Notas

[1] Indudablemente por incluir la voz *God...* (Dios). (N. T.) <<